

**BRUGUE
RA**

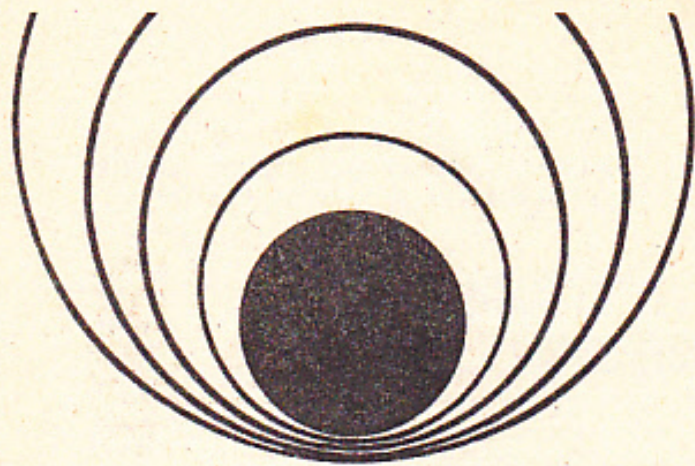
BOLSILIBROS

POLICIACO

PACTO ENTRE DOS

James West





PUNTO ROJO



JAMES WEST
PACTO ENTRE DOS

Colección PUNTO ROJO n.º
1.166 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Punto Rojo

ISBN 8*02 02520 X Depósito legal: B. 35.741 1984

Impreso en España Printed in Spain

1 * edición en España: diciembre, 1984 1a edición en América:
junio, 1985

© James West - 1984 texto

© Fabá 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Braga en, S. A.
Psrets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Aquella tarde encontré tres motivos por los que estar de buen humor: había dejado de llover, la rubia oxigenada del Droste Bar lucía un suéter malva de escote más que generoso y los cinco pavos apostadas por «Lady», mi yegua favorita, se habían convertido en cinco de los grandes.

Reflexionaba sobre esta triple circunstancia, envuelto por el humo blanquecino y aromático de mi propio habano, cuando alguien golpeó con los nudillos el cristal velado de la puerta.

—Adelante, está abierto.

Entró una mujer con aspecto de haber rebasado con creces el medio siglo; llevaba un vestido gris, brillante por el uso, un camafeo de tres dólares, un sombrerito de paja adornado con cerezas, que debió estar de moda en sus años de moza casadera, y un bolso de cuero marrón de la misma época.

—Míster Monroe, ¿no es así?

—El mismo —respondí cuando estrechaba su menuda y sarmentosa mano—. Por favor, siéntese.

Ocupó uno de los sillones, descansó el bolso sobre sus rodillas y preguntó:

—¿Es usted un detective caro?

—Yo diría que no —respondí, sorprendido por semejante pregunta.

Su mirada fue de total escepticismo, pese a mi respuesta.

—Aquí guardo —dijo, golpeando el bolso— cincuenta dólares, dudo que pueda darle ni un centavo más...

—¿Por qué no me habla del motivo que la ha traído aquí, y se olvida por ahora del tema económico? —dije, mientras pulsaba la tecla del magnetófono.

—Está bien. Y usted, no permita que se consuma ese habano, no me molesta el humo. Mi esposo fumaba cosas peores hasta el mismo día de su muerte. Era un fumador empedernido...

Hizo un gesto con la mano, como queriendo decirme que aquello no tenía nada que ver con el motivo de mi visita, y continuó:

—Mi nombre es Marie. Marie Murray es mi nombre de casada. Quiero que encuentre usted a mi nieta. Anne es mi única nieta, ¿comprende? Mi hijo y su esposa murieron en un accidente de tráfico, cuando ella contaba quince años y quedó bajo mi tutela. Mi esposo había fallecido antes de que esto ocurriera; quiero decir que todo el peso de su educación recayó sobre mí. Anne era una muchacha desenfadada y juiciosa como pocas a su edad. Solíamos

ir juntas al Auditorium los sábados por la tarde, y si no había concierto dábamos una vuelta por Old Town, como dos turistas. Pero, apenas cumplidos los diecinueve años, cambió totalmente. Sus vestidos, su forma de hablar, sus nuevos amigos... Rompió toda relación con sus antiguas amistades. Venían a buscarla muchachos cuyo aspecto y forma de comportarse no me merecían ninguna confianza. Se lo hice notar en varias ocasiones, pero jamás me hizo el menor caso: «Te equivocas, abuela...», decía. Una noche, hace de esto más de dos años, la sorprendí haciendo la maleta. Dijo que había encontrado un empleo en Nevada, que me escribiría. Y así fue durante algún tiempo. Luego las cartas se fueron espaciando... Una tarjeta por Navidad es lo último que he recibido de ella.

—O sea, hace ocho meses. ¿Desde entonces no sabe absolutamente nada de su nieta?

—No, no he querido decir eso. La he visto hace justo dos días —dijo la anciana entristeciéndose de pronto—, fue en Lax Airport... ¡Dios mío, qué cambiada estaba! Iba vestida de negro, la acompañaba un hombre; yo estaba en la sala de espera... Corrí a su encuentro, la llamé, pero me miró como si me viese por primera vez en su vida. «Usted me confunde con otra», eso fue lo que dijo. Aquel hombre la había cogido del brazo y tiraba de ella. La volví a llamar, pero ni siquiera volvió el rostro. Fue el hombre quien me dijo algo que no llegué a entender, porque en ese preciso momento me desvanecí. Me atendieron en la clínica del aeropuerto.

—¿Supone usted que su nieta regresaba de algún viaje, o por el contrario iba a tomar un avión?

—Lo único que puedo decirle es que no llevaba ninguna maleta, ni bolso de viaje.

—¿Esperaba usted a alguien?

La anciana negó con la cabeza, añadiendo a continuación:

—Suelo ir los viernes, es el día de más concurrencia. Los fines de semana nadie parece estar a gusto en su lugar habitual. Me gusta ver a la gente que va y viene; paso allí varias horas... Si va usted alguna vez pruebe los croissants que sirven en la cafetería, seguro que nunca los ha comido mejores.

—Dígame cuanto pueda recordar del hombre que iba con ella, mistress Murray.

La anciana entrecerró los ojos, como si eso la sirviera para recordar mejor.

—Vestía de oscuro; marrón, me parece... Era alto, de piel cetrina, ojos castaños, abundante pelo negro, boca enorme y torcida. No era un hombre agradable —concluyó,

—¿Poco favorecido por la Madre Naturaleza? —pregunté.

—Puede jurarlo, sin riesgo a equivocarse.

—¿Qué clase de trabajo había encontrado su nieta en Nevada?

—Era una casa de cosméticos; en sus primeras cartas me hablaba de su trabajo de secretaria. Les sobres y el papel que usaba llevaban el membrete de la empresa, pero nunca entró en más detalles. Tampoco decía mucho de sus cosas, siempre terminaba asegurando que se encontraba perfectamente, que no debía preocuparme por ella. Justo el día de mi cumpleaños me mandó un giro de cien dólares.

—¿Nunca le hablaba de sus amigos?

—Sólo de una muchacha con la que compartía el apartamento. Sharon O Ti ara. Me contaba que se ocupaban ellas mismas del aseo de la casa; que intercambiaban sus vestidos por tener la misma talla, y cosas así... Luego dejó de hablarme de ella. He traído una de sus cartas; he pensado que quizá pueda serle útil —dijo mientras buscaba en su bolso—, espero que no la pierda usted.

—Al margen de ese casual encuentro en el aeropuerto, usted no había visto a su nieta desde que la vio haciendo la maleta, ¿no es así? —preguntó mientras apagaba la colilla de habano en el cenicero.

—Así es, en efecto.

Me preparé para realizar la pregunta que estaba bailando en mi mente casi desde el principio.

—¿Está completamente segura de que la joven del aeropuerto era su nieta, mistress Murray?

—¡Naturalmente que lo estoy! —respondió en tono enérgico y ofendido—. ¿Cree que no soy capaz de reconocer a mi nieta, sólo porque llevaba dos años sin verla?

—Perdone que insista, pero usted me ha dicho que estaba muy cambiada.

—Porque estaba muy pálida y delgada, y llevaba ese horrible vestido negro. Y sobre todo porque estaba asustada. ¿Sabe una cosa? Cuando la llamé por primera vez cambió de expresión; si ese individuo de la boca torcida no hubiese intervenido, ella se habría echado a mis brazos.

—¿Tiene alguna fotografía de su nieta?

Movió la cabeza en sentido negativo, puntualizando a continuación:

—Sólo una de cuando tenía diez años, no le serviría de nada.

—Intente describírmela lo mejor que pueda.

—Es morena, de ojos castaños, frente despejada, alta... Bueno, más alta que yo, quizá como usted.

—¿Alguna señal peculiar; como una cicatriz, la forma de pronunciar una determinada palabra, de rascarse la nariz o algo parecido?

—Sí, hay algo, aunque no creo que le sirva de mucho. Tiene un lunar en... En fin, debajo del seno izquierdo, del tamaño de una lenteja, más o menos. ¿Cree que podrá encontrar a mi nieta con todo lo que le he contado?

Hubiera podido decirle que «todo lo que me había contado» era bien poco, pero no me atreví. Significaba descorazonar a una anciana que huía de la soledad confundiéndose entre los pasajeros del aeropuerto.

—Lo procuraré por todos los medios a mi alcance —repuse.

Volvió a hurgar en su bolso. Dejó encima la mesa, junto al sobre de antes, un billetes de cincuenta dólares, impecable, sin muestras de la más leve arruga.

Apartó la mirada de aquellos cincuenta pavos como de un desastre que no deseara presenciar.

Extendí un recibo. Mistress Murray lo guardó tan cuidadosamente como había conservado el billete. Se levantó.

Cuando estuve solo guardé los cincuenta pavos entre las páginas de un libro. Gastar aquel dinero me parecía tan poco decente como robarle la papilla a un bebé.

Pasé la cinta grabada para memorizar lo más importante y me preparé para realizar un viaje.

* * *

Llegué a Nevada cuando los ciudadanos se aprestaban con aire resignado a cumplir con su obligación laboral.

Entré en un bar, ocupé una mesa y pedí un whisky doble.

Desde donde me hallaba podía ver un edificio de veinte plantas; en el piso catorce estaban las oficinas donde, al parecer, trabajó, o seguía trabajando, Anne Murray.

Entré poco después de que lo hicieran los empleados.

Cosmetic Company, leí cuando empujaba la puerta. Me presenté como el pariente de una empleada. Dije que necesitaba hablar con ella por asuntos familiares.

—¿Por qué no ha ido usted a verla a su propio domicilio? —preguntó una mujer de mediana edad, que miraba a través de unas gafas y vestía como una azafata.

—Ha cambiado de domicilio recientemente, y no sé dónde vive ahora. Recibí hace algún tiempo una carta suya, el sobre llevaba

el membrete de estas oficinas... Sólo a través de ustedes puedo localizarla, o recibir información sobre su nuevo paradero.

—Comprenda que no puedo proporcionarle esa información, entre otras razones porque yo a usted no lo conozco.

—¿Y a Anne Murray sí la conoce?

Me miró por encima de sus gafas, ligeramente caídas sobre la nariz, luego sonrió.

—No es de los que acepta una negativa como respuesta, ¿eh? ¿Anne Murray, dice usted? Pues debo confesarle que no me suena ese nombre. Claro que no tiene nada de extraño; hay más de doscientas personas en esta planta, la mayoría mujeres.

—No me importaría formar parte del personal de este harén —dije intentando ser simpático.

—Sí, sí, harén... Aquí trabajamos de firme.

La vi levantarse para sentarse nuevamente frente a la pantalla de un ordenador. Sus dedos pulsaban y recorrían el teclado con inusitada rapidez. En la pantalla de cristal empezaron a salir nombres: Elizabeth Murray, Jane Murray, Virginia Murray... Así hasta una veintena de nombres.

—Oiga —dijo un poco enfadada—, ¿qué pretende? Aquí no trabaja nadie con ese nombre.

—Puede que ya no trabaje aquí —argumenté.

—En ese caso estaría su nombre y la fecha de cese. En el ordenador se conserva todo.

Evidentemente, no comenzaba con buen pie.

Tomé un taxi y leí al chófer el remite escrito en el sobre facilitado por la anciana.

El vehículo se detuvo frente a un edificio de apartamentos de medio pelo. El tipo que hada las veces de portero se entretenía intentando resolver un crucigrama. Desvió la atención del pasatiempo cuando oyó mis pasos.

—Palabra de ocho letras que significa persona que decide el futuro de los demás, ¿le dice eso algo, amigo?

—Pruebe banquero —dije.

—¿Usted cree?

—También yo ando buscando algo, concretamente el número de apartamento de una tal Sharon O'Hara.

El tipo humedeció el lápiz, rellenó unos cuantos cuadros, y dijo como si sostuviera un monólogo:

—Tengo prohibido dar ningún tipo de información sobre los inquilinos, claro que yo no puedo vigilar siempre, y si uno se llega hasta los buzones y lee los nombres, ¿qué puedo hacer yo? Naturalmente atendí a su sugerencia.

Sharon O'Hara vivía en el número 73 del noveno piso.

Tomé el ascensor, recorrí un corto pasillo con puertas a ambos lados y pulsé el botón de la número 73. Tuve que llamar una segunda vez antes de que abriese la puerta una mujer de cabello corto, vestida como puede vestir una chica de veinticinco años que no se preocupa demasiado por su atuendo, aunque sea tremendamente guapa. Hasta mi llegó el agradable olorillo de pan tostado y tocino frito.

—¿Miss O'Hara? —pregunté.

Asintió con la cabeza, mirándome con curiosidad.

—Se trata de Anne Murray, hace tiempo que su abuela no sabe nada de ella y me ha pedido que trate de localizarla; sé que estuvo viviendo con usted algún tiempo...

—Sí. ¡Dios mío, el desayuno! —exclamó de pronto echando a correr hacia el interior.

Permanecí unos segundos en el umbral sin decidirme a entrar, hasta que la oí decir:

—Pase usted y cierre la puerta.

Crucé un comedor-cocina recargado de muebles baratos y fotografías sujetas a la pared con chinchetas de colores. En una de ellas reconocí a la propia Sharon con otra chica.

—Usted debe ser policía, o algo así, ¿no? —dijo cuando llegué cerca de la mesa.

—Mi nombre es Pat Monroe, soy investigador privado.

—Tengo más tocino y huevos en la nevera, si le apetece acompañarme no se ande con cumplidos.

—Se lo agradezco, he desayunado hace poco —dije, recordando el doble de whisky.

—Bien, espero que no le importe si lo hago yo mientras hablamos, estoy hambrienta. Un poco de vino sí me aceptará usted, ¿eh?

Cogió dos vasos de un estante y una botella de Napa Valley y los llenó casi hasta el borde,

—Anne estuvo viviendo aquí un tiempo, pero terminamos echándonos los trastos a la cabeza y se fue.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Ocho, nueve meses... —respondió poco antes de cortar un trozo de tocino y mastcarlo sin grandes etiquetas.

—¿Y no la ha vuelto a ver desde entonces?

—No.

—¿Sabe usted por qué abandonó su trabajo en esa empresa de cosméticos? —pregunté por ver si coincidía con lo que me habían dicho poco antes.

—Anne nunca trabajó allí, ni en ninguna otra parte, que yo sepa. ¿Quién le ha dicho eso?

—Al parecer, eso es lo que Anne contaba a su abuela; los sobres llevaban el membrete de Cosmetic Company.

—Eso lo explica todo: me los cogía a mí. Yo trabajé durante algún tiempo en esa empresa; un reajuste de personal me dejó en la calle.

—Entonces engañaba a su abuela, ¿por qué cree usted que lo haría?

—Para no alarmarla, supongo. Anne no era mala chica del todo, pero tenía, y supongo sigue teniendo, un particular sentido de la propiedad.

—¿A qué se refiere?

—Usaba mis vestidos, vaciaba mi nevera; hasta se trajo unos amigos de cuchipanda... Sólo en una ocasión me apoquinó su parte del alquiler de este apartamento. Al fin un día nuestra pelotera fue más crecida que otras veces, cogió sus cosas con aire de dignidad ofendida y se largó.

—Y si, como usted dice, no trabajaba en ninguna parte, ¿de dónde sacaba el dinero? —pregunté, sospechando !a respuesta.

—Anne Murray es una chica enormemente atractiva y bastante liberal.

—¿Salía con muchos hombres, o con uno en particular?

Sharon O'Hara se encogió de hombros.

—No solía hacerme confidencias de ese tipo, piense usted que casi salíamos a bronca diaria.

—¿Conoce de algún lugar que ella frecuentara?

—No. Pero yo que usted buscaría por los suburbios. Hoteluchos, bares de poca monta, y cosas así... Debe de andar muy mal de dinero.

Pensé que aquella suposición debía estar sustentada por una razón de peso y no me equivoqué.

—Hace unos días, a mi regreso del trabajo, tuve la sospecha de que había entrado alguien en el apartamento. ¿Ve usted la estatuilla que hay sobre la estantería, que está situada en el centro de! cuadro que hay detrás? Pues ese día la encontré desplazada. Algo parecido ocurría con los libros. Confieso que tuve miedo, pensé que se trataba de algún ratero y que podía estar oculto en cualquier parte de la casa, así que salí dejando la puerta de par en par y llamé a un vecino. El hombre iba delante de mí, se había procurado una llave inglesa y estaba dispuesto a usarla. Recorrimos el apartamento y no descubrimos a nadie. El hombre debe de pensar ahora que tiene una vecina medio histérica, pero yo sé a qué atenerme: descubrí que algunas prendas de mi armario no estaban donde yo las había dejado, y eché en falta un sobre conteniendo unos treinta o cuarenta

dólares; los guardo por si surge alguna emergencia. Entonces recordé a Anne. Ella tenía una llave del apartamento; la cerradura no había sido forzada... Además está lo de esa estatuilla; siempre guardo detrás alguna moneda suelta para propinas.

—¿Denunció el caso a la policía?

—Naturalmente que no, usted es la primera persona con quien lo comento, jamás se me hubiese ocurrido hacer una cosa así. Cambié la cerradura, eso fue todo.

—¿Por eso supone que Anne Murray debe estar a la cuarta pregunta?

—Sí.

—A pesar de todo no habla usted de ella con resentimiento.

—Sus padres murieron siendo ella una adolescente; puede que no haya tenido muchas oportunidades de ser diferente a como es.

—Es Anne Murray la chica que está con usted en esa foto, ¿verdad? —pregunté levantándome y cogiendo la foto descubierta al entrar.

Sharon O'Hara pareció sorprendida, como pescada *in fraganti*.

—Sí... —respondió después de algunos segundos de desconcierto—, es ella. Nos la hicimos poco después de conocernos, en una fiesta.

Ambas lucían uno de esos vestidos que suelen llamarse de cóctel. Se hallaban frente a lo que parecía un estanque. En segundo término había una estatua, bastante distanciada del objetivo, a juzgar por su desigual nitidez.

—Me prestaría usted un señalado servicio prestándome esta fotografía, miss O'Hara.

Sharon O'Hara bebió un poco de vino, se limpió con una servilleta de papel y se levantó, dirigiéndose hacia lo que supuse era su habitación. Entretanto, yo había descubierto una breve inscripción detrás de la foto: «Alan Chong Davis Street 268, Los Angeles.» Y luego un número compuesto por seis cifras:

Regresó miss O'Hara poco después con una caja de bombones; dentro habían alrededor de cien fotografías, la mayor parte de ellas de aire familiar.

No tardó en encontrar la que buscaba: una chica en traje de baño, apoyada sobre un bote varado en la arena, sonreía a la cámara. Ciertamente, Anne Murray era una preciosidad.

—¿Ve lo que le he dicho? Anne es una chica muy atractiva.

Asentí en silencio. Luego pensé que debía añadir algo amable.

—También usted lo es.

Sharon O'Hara sonrió, debía estar esperando algo parecido.

Minutos después me acompañaba hasta la puerta.

Antes de introducirme en el ascensor escribí en el bloc de notas la

inscripción de la primera foto.

CAPITULO II

El portero me esperaba con una nueva pregunta.

—¿Sabe cómo se llaman los pájaros que habitan el atolón Ukanete?

—No tengo ni la menor idea. ¿Recuerda a esta chica? — pregunté mostrándole la foto.

—¿Miss Murray? ¿Cómo puede uno olvidarse de una preciosidad semejante? Estuvo viviendo un tiempo con miss O'Hara. Claro que usted debe saber eso, si viene de arriba.

—¿La ha visto por aquí últimamente?

—No, desde que abandonó el apartamento no sé nada de ella. Aún recuerdo su contoneo, y su cara; ¡qué cuerpo, madre mía! — Luego añadió por lo bajo—: Aquí entre hombres, cuando sabía que estaba a punto de salir, fingía que limpiaba el ascensor para bajar con ella... Me miraba y sonreía, seguramente se daba cuenta de mi maniobra... ¡Amigo!, estás un mes con una hembra así y acabas en un sanatorio, pero vale la pena...

Dio un resoplido que quiso ser un sentimiento de resignación e impotencia, para añadir después:

—Pero ésa es fruta demasiado jugosa para nuestros pobres dientes; al menor para los míos... Supongo que a estas alturas estará casada, o liada con el tipo del Rolls blanco.

—¿A quién se refiere?

—Venía a buscarla un chófer enfundado en un bonito uniforme azul, conducía un precioso Rolls... De vez en cuando me largaba un par de pavos, sólo por avisarla a través del teléfono interior.

—¿Y nunca sintió curiosidad por saber quién era el afortunado mortal propietario de un coche como ése?

—¿Y de qué iba a servirme averiguar eso? Además, la matrícula era de Los Angeles. Quizá fuera uno de esos magnates de Hollywood.

—¿Recuerda el número de matrícula?

El hombre movió la cabeza en sentido negativo, mientras chupaba la punta del lápiz.

—¿Va usted tras la chica? —preguntó de pronto.

—Su familia hace tiempo que no sabe de ella —respondí.

—Ya comprendo. Usted es uno de esos que fisgan en la vida de los demás por encargo, ¿no es así?

—Más o menos.

Volvió a ponerse el lápiz en la boca; esta vez lo mantuvo en ella como si fuera un cigarro. Todo hacía suponer que estaba pensando, dándole vueltas a una idea. Al fin soltó el lápiz para

hablar.

—No recuerdo la matrícula, entre otras cosas porque se me atraviesan los números, pero sí algo que quizá le sirva: ese Rolls blanco llevaba en ambas puertas delanteras una especie de emblema, o de escudo. Un pajaraco con las alas extendidas sobre un fondo azul, y unas letras enlazadas. No me pregunte qué letras eran, porque tampoco lo recuerdo.

Dejó caer sobre el periódico un billete de diez dólares.

—Tal vez pueda comprarse un diccionario de bolsillo, eso le ayudará a encontrar algunas palabras.

—No es mala idea... Usted tampoco debe ser ningún lince resolviendo crucigramas, me parece a mí. Eso de «banquero» que me ha endilgado antes...

* * *

Cuando pudimos desabrocharnos los cinturones, la azafata se dio una vuelta por el pasillo, ofreciéndonos periódicos y revistas. Yo escogí un periódico de la tarde.

El propietario de la yegua «Lady» había recibido una oferta tentadora de unas cuadras de Arizona, y la iba a vender. Esa fue la primera noticia que atrajo mi atención. La segunda fue inmensamente peor.

Se había descubierto el cadáver de una chica cerca de un cementerio de automóviles, no llevaba documentación alguna y publicaban su fotografía por si alguien podía dar señas de su identidad.

Su cabeza estaba apoyada sobre una mesa de mármol, el pelo era corto y tenía los párpados cerrados; era cuanto podía verse en aquella foto de prensa, pero el parecido con Anne Murray dejaba lugar a pocas dudas.

Entré en la comisaría cuando el teniente John Spencer se preparaba para dar por terminada su jornada.

Spencer y yo habíamos tenido alguna escaramuza por causa de nuestro trabajo, pero nada serio.

—¿Qué tripa se le ha roto, Monroe?

—Esa chica de la prensa, creo saber de quién se trata.

—¡Vaya por Dios!, precisamente ahora que me iba... Está bien, vamos.

—¿Cuál es la causa de su muerte? —pregunté cuando nos dirigíamos al Roosevelt Hospital.

—Una sobredosis. ¿Cuál es su interés en este asunto?

—Estaba tratando de localizar a la chica por encargo de su abuela.

Cuando el funcionario de bata blanca procedió a descubrir el cadáver, le pedí que retirara la sábana hasta por debajo de los senos. Efectivamente, allí estaba el lunar, unas pulgadas más abajo de! seno izquierdo.

—No hay duda, es ella —confirmé—, la abuela me habló de ese lunar.

—Alguien tendrá que decírselo a la vieja... —comentó el teniente.

—Sospecho quién va a ser ese alguien.

No fue un trago agradable explicar a la pobre abuela el fin que había tenido su nieta. Lo peor era que debía ser ella misma quien identificase el cadáver.

Recordé su desmayo en el aeropuerto y sugerí al teniente Spencer la conveniencia de ser acompañado por un médico, pero no fue necesario su intervención. Mistress Murray demostró ser una mujer de mucha entereza.

—¡Dios mío, qué delgada está! —exclamó la pobre anciana.

Formalizados los indispensables requisitos burocráticos, le hice un gesto al teniente, indicándole que me ocuparía de acompañar a la anciana a su domicilio.

—Cuando la vi en el aeropuerto con ese individuo, tuve el presentimiento de que no volvería a verla viva —dijo, interrumpiendo un mutismo que duraba algunos minutos.

Yo preferí no hacer comentario alguno.

—¿Por qué ha muerto mi nieta, míster Monroe?

La pregunta me sorprendió. No hacía ni dos horas que yo le había explicado los motivos irrefutables de la muerte de su nieta.

—Por sobredosis de heroína... —empecé a decir, no repuesto aún de mi sorpresa.

—Sí, eso ya lo he oído. Pero, ¿cómo empieza una criatura de veintidós años, con toda una vida por delante, a inyectarse ese veneno? ¿Qué personas habrá conocido? ¿Qué ambientes habrá frecuentado?

Luego, fue más precisa.

—¿Qué ha estado haciendo mi nieta desde que abandonó su hogar? ¿Qué hacía en Lax Airport vestida de negro, con ese hombre? ¿Quién era ese hombre?

«¿Y a quién pertenecía el Rolls Royce que venía a buscarla?», pensé.

—Lo ignoro, mistress Murray —hube de admitir.

La anciana acercó la cabeza a la mía, como si fuera a decirme algo confidencial. Había detenido el coche, obedeciendo las indicaciones de un semáforo, motivo por el que pude prestarle la

máxima atención.

—¿Por qué no intenta averiguar todo esto, míster Monroe?

Vi que los ojos de mistress Murray estaban a punto de nublarse por el llanto.

—De eso se va a ocupar la policía —argumenté sin pizca de convicción.

—Usted sabe que eso es muy poco probable. La muerte de mi nieta es un caso más entre los cientos que se dan en este Estado, por causa de la heroína. Ya, ya sé que eso no devolverá la vida a Anne, pero puede servir para que otras muchachas no acaben como ella. Si lo que le preocupa es el dinero, espero poder ciarle otros cincuenta dólares dentro de unos días.

¿Cómo explicarle a aquella pobre anciana que sus cincuenta pavos apenas alcanzaban para obsequiar con unos cuantos cucuruchos de sardinas a las focas del zoológico?

Nos habíamos detenido frente a la casa de mistress Murray. Cuando me acerqué para ayudarla a descender, sus ojos, que continuaban lacrimosos, me miraron fijamente.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Acepto —dije, sin sospechar la clase de follón en que me había metido.

* * *

Decidí ir a dar una vuelta por el lugar donde encontraron el cuerpo de Anne Murray.

No era un camino de paso, sino un desvío utilizado por los camiones que transportaban vehículos con destino al cementerio de automóviles.

El suelo sin asfaltar estaba lleno de anchas y profundas huellas de neumáticos. Evidentemente, aquél era un magnífico lugar para deshacerse de un cadáver.

Recorrí la zona una y otra vez sin hallar nada de interés, aunque tampoco sabía muy bien qué podía hallar.

Proseguí hasta encontrarme frente a varias montañas formadas por miles de vehículos.

Dos tipos; uno conduciendo un camión grúa de enormes proporciones, con el que amontonaba los viejos cacharros; el otro, vigilando las maniobras, me observaban atentamente.

—¿Qué busca por aquí, amigo? —dijo el que estaba a mi altura.

—Me gustaría hablar con el hombre que encontró a la chica

muerta.

—¿Es policía?

Le mostré mi carné de investigador privado. Puso esa cara que pone la gente cuando descubre una mosca en la sopa.

—¿Cómo sabe que a la chica la encontró un hombre?

—Lo dicen los periódicos.

—¡Sam, baja! —gritó al de la grúa.

Sam era un sujeto corpulento, de ojos pequeños y pelo corto. Con su camisa a cuadros más de uno hubiera podido construirse una tienda de campaña.

—Te quiere freír a preguntas. Es sobre la chica que encontraste; pero nada te obliga a contestarlas, sólo es uno de esos fisgones privados —explicó su compañero.

Sam, por el contrario, debió pensar que de aquella charla podía sacar para otra camisa.

—¿Y qué gano yo si respondo a sus preguntas?

—La satisfacción de haber cumplido con su deber de buen ciudadano.

—Me porté como un buen ciudadano cuando encontré a la chica muerta avisando a la policía, ¿no?

—¿Cómo supo que estaba muerta? ¿Lo comprobó?

—No contestes —le aconsejó el otro.

Busqué en mi bolsillo un par de billetes de cinco dólares y se los puse a Sam en el bolsillo de la camisa.

—¿Lo comprobó? —insistí.

Sam hizo un guiño a su compañero y se apoyó sobre una de las enormes ruedas del camión grúa.

A partir de entonces todo fueron facilidades.

—Aún no había amanecido cuando la encontré caída en mitad del camino. Poco faltó para que me la llevase por delante con el coche. Pensé que estaba borracha, por eso la cogí de los sobacos para levantarla, pero pesaba menos que un bebé... Estaba fría, como un bloque de hielo; su cabeza se movía de un lado a otro como si fuera de trapo.

—¿Qué hizo después?

—Correr hasta aquí y llamar por teléfono a la policía.

—Luego volvió junto al cadáver, ¿no es así?

—Eso es. Se hizo de día antes de que llegase el coche patrulla. Entonces fue cuando pude fijarme mejor en la chica, no me imaginaba que fuera tan joven. Vi todos esos pinchazos en el brazo..

—Y los polis se olvidaron de la chica y se metieron contigo. Díselo, díselo también —terció el otro.

—Es verdad. Me preguntaron si la conocía, dónde había pasado la

noche, y qué hacía yo por estos parajes a esas horas. Cuando comprobaron que yo vivo aquí, en una caravana, dejaron de molestarme.

—Hábleme de la chica, ¿cómo iba vestida?

—Llevaba una falda blanca muy corta, por encima de la rodilla, y una blusa amarilla, o naranja, zapatos de tacón, creo que blancos...

—Poco antes de encontrarla, cuando se dirigía hacia aquí, ¿no vio a ninguna persona, ni automóvil; nada que le pareciera extraño?

—Nada.

—¿Cree posible que la chica llegase andando hasta donde la encontró?

Sam encogió sus descomunales hombros.

—Está a más de seis millas de la ciudad —añadió a continuación.

—Muñecas como ésa las hay a menudo haciendo auto-stop —opinó el otro.

—Sí, pero no de noche —respondió Sam.

Di a Sam una tarjeta con mi nombre y número de teléfono por si surgía algo nuevo, y me despidió con una sonrisa y un apretón de manos.

Cuando volví a pasar por la zona donde el tal Sam había encontrado a Anne Murray, busqué con minuciosidad por la tierra todavía húmeda por las pasadas lluvias, una serie de pequeñas hendiduras rectangulares, y no hallé ni una sola.

Durante el camino de regreso a la ciudad pensé que no era mala idea mantener una breve charla con el teniente John Spencer.

* * *

El teniente John Spencer tenía un mal día. A su úlcera de duodeno le había dado por fastidiar; los polvos que tomaba, en cantidades casi industriales, no le hacían demasiado efecto.

Estaba a punto de llamar a la puerta de su despacho cuando vi salir a uno de sus hombres con el rostro alterado.

—Yo que usted me lo pensaría dos veces antes de entrar —dijo.

Pero no era cuestión de retroceder. Su jefe ya me había visto a través de la puerta de cristales.

—El que faltaba —le oí barbotar.

—¿Qué piensa hacer con el caso Anne Murray? —pregunté, ignorando su comentario.

—No existe tal caso, la chica murió a consecuencia de una sobredosis de heroína.

—¿Y cómo llegó hasta las proximidades del cementerio de automóviles, si ni siquiera hay una gasolinera por los alrededores? ¿Cómo es que no he descubierto ni una sola huella de sus zapatos de tacón en el suelo, a pesar de lo que ha llovido estos días pasados? Además, iba vestida con una blusa sin mangas. Usted sabe que los adictos procuran esconder sus «picaduras».

—Supongo que llegaría en automóvil —dijo Spencer amagando con la mano un pequeño eructo.

—Exactamente, y como no se encontró ningún coche por allí, es evidente que alguien más iba con ella... Hay otra cosa: Sam, el tipo que la encontró, asegura que estaba fría como el hielo, por tanto es casi seguro que la llevaron muerta allí.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Creo que está claro. Si no recuerdo mal la Ley considera un delito abandonar cadáveres por los descampados...

—Oiga, Monroe, ¿sabe cuántas chicas acaban como ésa al cabo del años?

—Demasiadas, sin duda. Ni usted ni yo podemos impedir que eso ocurra, pero sí podemos intentar reducir el número...

John Spencer vació el contenido de un sobre en un vaso, vertió cierta cantidad de agua y removió con más energía de la necesaria. Algunas gotas blanquinosas cayeron sobre los papeles de la mesa.

—No hace ni cinco minutos que estoy aquí y ya va por el segundo trago Cuidado con las sobredosis —comenté.

—Usted ha venido aquí con una idea metida entre ceja y ceja. ¿Por qué no lo suelta de una vez?

—Me gustaría saber en qué malos pasos andaba Anne Murray, tal vez demos con algo interesante.

—¿Se lo ha pedido la abuela?

—¡Ajá!

—¿Se ha parado a pensar que esa anciana apenas debe contar con una triste pensión de viudedad?

—¡Ajá!

—¿Y qué espera de mí?

—Pequeñas cosillas... El nombre del propietario de cierto Rolls de color blanco; lleva un emblema en las puertas delanteras, un pájaro con las alas extendidas y unas letras enlazadas. Las iniciales del sujeto, imagino.

—¿Tiene que ver con la chica?

—Al parecer salía con el propietario.

Tuve suerte, los polvos blancos habían empezado a surtir efecto.

—Monroe, es usted de una desfachatez que bate todos los récords.

Supongamos que acepto a cambio de que me tenga al tanto de sus progresos, ¿qué le parece?

—Me parece justo —dije, intentando convencerme de que lo haría.

—Si esto llegan a saberlo los de arriba, me empapelan —rezongó.

CAPITULO III

La puerta de cristal esmerilado de mi oficina se abrió lo suficiente para que un tipo, de corta estatura y pecoso, asomase su cabeza y un «borsalino» hecho una pena. Miró en todas direcciones, sin al parecer ocuparse de mi persona. Antes de que su cabeza desapareciera del todo, le oí decir:

—Está solo.

La puerta se abrió entonces de par en par y entró un individuo de gordura fofa, pelo escaso y pegado, nariz aguilena, y ojos redondos y negros. Vestía ropa de buen paño y lucía un alfiler de corbata con una perla, pensé que auténtica.

El gordinflón se sentó sin más ceremonia, el pecoso permaneció de pie, a su derecha.

—¿Por qué no pasa y se sienta?

Globo Terráqueo me miró con aire de perdonavidas. Quien debía de ser su guardaespaldas asumió su papel de convidado de piedra.

—¿Cuál es su tarifa por resolver un asunto? —preguntó de pronto.

—Eso depende. Cuando es un lío de cuernos, hago descuento. ¿Es ése su problema?

La jeta del gordo se tiñó de rojo, pero no pasó de ahí. Se echó mano al bolsillo interior de la americana y sacó un sobre bastante abultado. El sobre describió una parábola sobre mi mesa.

No fue fácil aparentar indiferencia cuando comprobé su contenido. Allí habían alrededor de veinticinco mil dólares. Sin duda pasarían a mi poder si yo hacía algo gordo, ilegal y sucio. Llevaba lo bastante en el negocio para saber eso.

—¿A quién tengo que matar?

El gordo inició una breve sonrisa de complicidad.

—Está pálido, ojeroso... Se le nota cansado. Con esa pasta puede tomarse unas buenas vacaciones. Váyase a Miami, a Honolulu o adonde le dé la gana, disfrute de la vida... Es todo lo que tiene que hacer para ganarse ese hermoso regalo caído del cielo.

En otras palabras; aquel tipo me estaba diciendo que investigar sobre la muerte de Anne Murray podía llevarme a descubrir grandes cosas. El obeso, era simplemente el último eslabón de una gran cadena; a pesar de sus aires, no era más que un recadero, y su guardaespaldas, un idiota incapaz de guardarse a sí mismo.

—¿Quién te envía? —pregunté.

—¡Pero qué te crees! ¡A Max Belini no le manda nadie, él es quien manda a los demás! ¡Díselo tú! —exclamó.

Su última frase fue dirigida al tipo del «borsalino» que seguía

llevándolo puesto.

—El es el jefe —dijo de carrerilla.

—Max, a otro perro con ese hueso. En el sobre hay alrededor de veinticinco mil pavos; matarías a tu propio padre por menos de la mitad. Tú hubieras resuelto el asunto de otra manera. Esto es obra de alguien que utiliza la cabeza y sabe la que se podría armar si yo sufriera un percance como el de esa pobre chica.

—No sé de qué chica me hablas —dijo entre dientes.

—Puede que sea cierto y ni siquiera sepas eso —respondí, lanzando el sobre directamente a la cabeza de Max.

Algunos billetes cayeron al suelo.

—Recógelos —dijo a su guardaespaldas.

Max Belini se levantó sin dejar de mirarme. Además de haber fracasado en su misión, lo había ofendido en presencia de su fámulo. Sin lugar a dudas, Max Belini me tendría presente en sus oraciones venideras.

* * *

No habían demasiados pasajeros esperando en la gran sala del Lax Airport. Pregunté a un empleado por la clínica o dispensario de urgencia y me condujo hasta la puerta.

Dentro habían dos personas: un hombre y una mujer.

El llevaba una chaqueta blanca, estaba de pie, medio apoyado sobre un armario de cristal, lleno de fármacos y una botella de oxígeno. Ella estaba situada sobre una camilla, llevaba el uniforme de las azafatas del aeropuerto.

—¿Qué le ocurre, algún accidente? —preguntó el hombre al verme.

La azafata abandonó su asiento apresuradamente, permaneciendo en pie, un tanto indecisa. Sin lugar a dudas, aquél no era el sitio donde debía de estar.

—Me encuentro perfectamente —dije mostrando una tarjeta con mi nombre y profesión—. Sé que hace unos días mistress Murray, mi cliente, sufrió un desvanecimiento y la trajeron aquí.

Vi la cara de ambos mirarme con extrañeza y opté por ser más explícito.

—Es una mujer de edad, quizá cerca de los setenta. Suele llevar un sombrero de paja adornado con cerezas.

Los dos asintieron.

—Ya recuerdo —dijo el hombre—. A esa señora la atendí yo mismo. Nada serio, aunque a esas edades cierto tipo de

emociones...

—¿A qué emociones se refiere? —pregunté, haciéndome de nuevas.

—Nos contó —volvió a intervenir el hombre— que se había encontrado con su nieta, a quien no veía desde hacía tiempo, y la chica fingió no conocerla. Seguramente se confundió, la pobre señora... Pero eso no impide que la alteración sea la misma que si fuera cierto.

—Sí, debió de confundirse —convino la azafata—, aunque más tarde, cuando la acompañé hasta el estacionamiento de taxis, ella seguía insistiendo en que la joven enlutada era su nieta.

—¿La joven enlutada? —pregunté—. ¿Ella definió así a su nieta?

—Bueno, no exactamente. Si no recuerdo mal, la señora dijo que su nieta iba vestida de negro y acompañada de un hombre de mal aspecto. Pero poco después, cuando regresaba, la casualidad hizo que me tropezara con un hombre y una mujer enlutada. ¿Recuerda que se lo comenté, doctor? —dijo mirando al hombre de blanco—. Sentí curiosidad y estuve observándolos unos minutos. Descendieron por uno de los accesos a la pista de descarga y se dirigieron a un Boeing que había aterrizado poco antes. Dos empleados procedían a descargar un ataúd blindado, y un coche de pompas fúnebres aguardaba. Cuando el coche mortuario partió con el ataúd, la mujer y el hombre fueron detrás en otro vehículo.

—¿Era esta la joven enlutada que usted vio? —pregunté exhibiendo la fotografía de Anne Murray.

—Sí. Es la misma —dijo sin ocultar su asombro.

—¿Se fijó en su acompañante?

—No tanto como en la mujer... Era poco agradable, es cierto, pero iba bien vestido y muy serio. Me pareció natural, dadas las circunstancias.

—¿De dónde procedía el Boeing, lo sabe?

—De Europa... Lisboa, Marsella y Los Angeles es su ruta habitual.

Al salir del dispensario pensé que podía probar suerte con los encargados del desembarco de mercancías. Era fácil dar con ellos porque llevaban un mono de trabajo de distinto color al resto del personal.

Sabía que en los sótanos encontraría una cantina sólo frecuentada por el personal subalterno del aeropuerto.

Apenas abrí la puerta descubrí la presencia de cuatro o cinco tipos enfundados en sendos monos verdes, de charla en tomo a una mesa. Llegué hasta ellos luego de sortear un montón de

individuos que, puestos en pie. no acababan de decidirse a salir. Me encontré con sus miradas de extrañeza. Era el único del local que llevaba ropa de calle.

—Esto es sólo para empleados, encontrará cafeterías y restaurantes arriba —me increpó uno de ellos.

Iba a responder cuando me lo impidieron las palabras surgidas de un altavoz, anunciando la próxima llegada de algunos aviones. La mayor parte de la parroquia se dirigió a la puerta, después de apurar precipitadamente el contenido de sus vasos.

Los hombres de mono verde quedaron reducidos a dos. Uno de ellos, el que me había hablado poco antes.

—Estoy aquí porque sólo ustedes pueden ayudarme.

Les solté que había fallecido el hermano de mi mujer en el extranjero, cuando nosotros andábamos de viaje; que trajeron sus restos en un féretro blindado e ignorábamos en qué cementerio de la ciudad le habían dado cristiana sepultura.

—Nosotros nos limitamos a descargar la mercancía que nos ordenan, lo demás no nos importa en absoluto —respondió el mismo tipo.

—Es cierto — apoyó su compañero en tono más amable—, no podemos ayudarle.

—Bastará si me dicen el nombre de la funeraria que se ocupó del transporte.

—¡Ah!, eso lo sabemos —se anticipó el más amable—, porque siempre es la misma, ¿verdad, Peter? Se llama Eternal Residence.

Tuve la impresión de que el tal Peter hubiera estrangulado con sumo placer a su compañero.

—Ahora que ya tiene lo que buscaba, lárguese.

* * *

Me hallaba sumergido en un baño de agua y sales, recomendadas para combatir la celulitis y las arrugas postparto, cuando sonó el teléfono.

—Aquí Spencer. Tengo lo que me pidió: El propietario del Rolls blanco es un tal Thomas Edwards. Supongo que el nombre no le dice nada...

—Nada en absoluto —reconocí.

—Es el principal accionista de una empresa de transportes, la Centaur Company. Dueño de una cadena de hoteles, y de una compañía de pompas fúnebres que cubre todo el país: Eternal Residence, se llama.

Yo había oído mencionar ese mismo nombre pocas horas antes, pero preferí no revelárselo a Spencer, por el momento.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunté.

—Poco más de cincuenta años, cabello plateado, seis pies de estatura, ojos castaños, elegante... Juega al tenis y nada en su colosal piscina de Beverly Hills como un campeón olímpico. Incluso sin un dólar en los bolsillos tendría más de una muñeca mariposeando a su alrededor.

—Un tipo guapo, con aires de otoñal, por lo visto.

—Así es. Si Anne Murray tuvo algo que ver con él, no sería por mucho tiempo. Cambia de muñeca como de corbata. Yo que usted buscaría en otra dirección...

—Precisamente de eso quería hablarle. Me interesa cuanto pueda decirme sobre un tipo llamado Max Belini.

—No necesito recurrir al archivo para eso. Max es propietario de un local llamado Oasis; está en Davis Street, próximo a los muelles. También tiene algo que ver con las máquinas tragaperras de esa parte de la ciudad. ¿Por qué le interesa?

—Es sólo un leve indicio —dije, olvidándome del intento de soborno— que me gustaría comprobar. Se me ocurre que quizá usted pueda enviar a alguien que frecuente el Oasis una temporada, y vigile las idas y venidas de Max Belini y de alguno de sus amigos.

—Usted lo que pretende es tener la policía a su servicio exclusivo, y no fue así como quedamos el otro día. Oficialmente, nada tengo que ver con ese asunto suyo, pero conozco a alguien que puede echarle una mano si yo se lo pido; claro que quizá le cueste algún billete...

Spencer me facilitó la dirección de ese alguien, se llamaba V. Williams.

CAPITULO IV

Cuatro chinchetas servían para unir a la puerta un pedazo de papel, sobre el que alguien había escrito: «V. Williams, clases de aeróbic.»

Se oían los compases de una música de aire moderno; se interrumpieron apenas hice sonar el timbre.

Abrió una mujer de rostro sudoroso, llevaba chandal, zapatos deportivos, y el pelo rubio recogido en la nuca con una cinta.

—Necesito hablar con un tal Williams, me manda el teniente Spencer.

La mujer, a la que calculé unos veintitantos años, se hizo a un lado, franqueándome la entrada.

—Pase y siéntese por ahí —dijo.

Apenas habían unas cuantas sillas y una mesa sobre la que reposaba un magnetófono, arrimada a la pared, sin duda con objeto de dejar libre el mayor espacio posible. El suelo era de madera y alguien se había tomado la molestia de encerarlo.

La mujer se aproximó a la silla, cogió una toalla que colgaba del respaldo y comenzó a secarse la frente.

—Bien —dijo, acercándose a la silla ocupada por mí—, ¿de qué se trata? El teniente, como es habitual en él, no ha sido muy explícito.

—¡Alto ahí! ¿Está tratando de decirme que Williams es usted?

—¿Cambia eso algo?

—¡Lo cambia todo! ¡En cuanto a ese cretino de Spencer, cuando me lo eche a la cara...!

Me puse en pie, dando por zanjada la entrevista, pero me equivoqué de medio a medio. Ella me interceptó el paso.

—Mi nombre completo es Vicky Williams, Vicky para los amigos...

Vi unos ojos azules mirarme fijamente, y unos labios carnosos, sonrosados, entreabiertos, aproximarse a los míos, ofreciéndose como fruta en sazón... Y un brazo enlazarse a mi cuello.

Cometí el error de crearme irresistible, y lo pagué con un rodillazo en sálvese la parte.

—¡Cochino machista! —exclamó, dejándome encogido por el dolor—. Ya ves que no es difícil reducir a un tipejo como tú. No sois lo mismo cuando se hiere vuestro estúpido amor propio.

—Recuerdo lo bastante sobre anatomía humana para saber que no es precisamente ahí donde me duele —dije, enderezándome.

Vicky rió con ganas. En su rostro ya no quedaba ni la más leve huella de enfado.

—Espero que hayas cambiado de opinión con respecto a mí. Utiliza el cerebro para variar, si Spencer te ha dado mi nombre, será por algo, ¿no?

Preferí no abrir el pico, sentarme y esperar a que ella acabase lo que prometía ser un breve discurso feminista.

—¡Hombres! —dijo despectivamente—. Cualquier cosa que vosotros hagáis, nosotras podemos igualarla e incluso superarla. Métete eso en esa cabeza de chorlito que tienes.

—Ya comprendo. Para las muñecas como tú esto es una especie de competición. Os pirráis por probar el mundo, que, además de guapas, hasta podéis ser inteligentes, y para conseguirlo no se os ocurre nada mejor que imitar al hombre. Usáis su ropa, fumáis como carreteros, bebéis como cosacos y soltáis tacos capaces de sonrojar a la Estatua de la Libertad. Eso puede hacerlo un chimpancé con dos días de entrenamiento.

Ella ni se inmutó, o al menos eso fue lo que quiso hacerme creer. Luego me habló como si fuera una maestra que necesita de toda su paciencia para hacerse entender por el más torpe de la clase.

—Lláname Vicky, o Williams, a tu gusto. Lo de «muñeca» déjalo para tu hermanita, o alguna de esas tontas que debes tratar,

—¿No has pensado nunca en dejarte crecer el bigote y alistarte en la Legión Extranjera?

—El teniente me habló de un tipo llamado Max Belini — dijo Vicky, ignorando mi comentario.

Le describí al mofletudo y al pecoso del «borsalino», y dónde podía encontrarlos.

—Una vez los localices, procura no perderlos de vista, sobre todo a Max.

—Necesitaré algún dinero para los primeros gastos.

—¿Qué gastos?

—De vestuario. Tendré que ponerme algo atrevido, si quiero pasar desapercibida.

Le di unos cincuenta dólares y una tarjeta con mis señas y número de teléfono.

—No olvides que esos tipos casi nunca van solos. Además, posiblemente el tal Max, sólo sea un hombre de paja y haya alguien más vigilando desde la sombra. Andate con ojo.

—¿Qué estás buscando?

—No lo sé, pero si mantienes los ojos bien abiertos, tal vez lo sepamos los dos.

Abandoné la barra del Droste Bar después de hacer una lisonjera alusión a los avellanados ojos de la rubia oxigenada. Sus labios chiquitos que tenían forma de corazón, se entreabrieron mostrando unos dientes blancos e iguales, manchados de carmín.

Empezaba a oscurecer.

Tres individuos se preparaban para descargar algo de una furgoneta aparcada junto a mi Ford. Me pareció advertir algo familiar en uno de los tipos, pero no le di mayor importancia.

Justo cuando abría la portezuela fui agarrado por dos de ellos, mientras el tercero me obligaba a respirar el cloroformo vertido en un pedazo de algodón.

Cuando desperté era un paquete más entre los amontonados en la furgoneta. Se habían ocupado de atarme brazos y piernas, y sellarme los labios con una tira de esparadrapo.

De vez en cuando el vehículo se detenía para ponerse en marcha al poco tiempo. Estaba claro que circulaban por las calles de la ciudad y no entraba en el plan de mis atacantes saltarse los semáforos.

Por la pequeña ventanilla, que comunicaba el recinto de carga con la cabina, se filtraban fugaces rayos de luz, procedentes de otros vehículos que circulaban en dirección contraria. También llegaban hasta mí, de manera esporádica, las voces de mis raptos, pero ni una sola palabra inteligible.

Sentía un golpeteo en las sienes, sin duda causado por la dificultad de llevar aire a mis pulmones. Por si esto fuera poco, la tirantez de las ligaduras impedían la natural circulación de mis miembros y apenas si los sentía.

Luego de varios intentos, logré mover los dedos de las manos; también las articulaciones de las piernas, aunque éstas con mayor dificultad.

Pasado un tiempo imposible de precisar, la furgoneta aminoró su marcha, cambiando de dirección. El suelo dejó de ser terreno llano; el vehículo comenzó a dar tumbos y pequeños giros, como si el conductor fuera buscando el camino más accesible.

La furgoneta se detuvo. Oí voces y el ruido producido por una portezuela al ser cerrada con violencia. Volvió a ponerse en marcha para retroceder unas yardas y detenerse definitivamente.

Cuando entraron en mi busca me fingí inconsciente, pero no me sirvió de mucho.

Dos tipos se ocuparon de cogerme por los sobacos, llevarme hasta una pila y soltar un buen chorro de agua sobre mi cabeza. Creí que me ahogaba. La posición de mi cabeza impedía que pudiera respirar por la nariz. Afortunadamente me incorporaron pronto.

Sin demasiadas contemplaciones me dejaron caer sobre una caja.

Lo primero que vi al abrir los ojos fue a un sujeto llamado Peter, encargado del desembarco de mercancías del Lax Airport, y empeñado en que yo saliera de allí sin enterarme de nada. Entonces no me fue difícil comprender el motivo.

Por lo visto eran de Peter los rasgos familiares que yo había creído advertir poco antes de ser cazado como un idiota.

Pero no fue a Peter a quien consideré más peligroso de los tres. Junto a él había un tipo cuyo rostro tenía algo de aniñado e inmaduro. Llevaba una camisa hawaiana y un pantalón de anchas perneras.

—¿Es un tipo duro? —preguntó el falso hawaiano a sus compañeros.

—El debe de creer que si —respondió Peter.

El de la camisa hawaiana sacó una navaja automática del bolsillo y apoyó la punta de la hoja sobre mi gaznate.

—Lo veremos —dijo, soltando una risita medio femenil, con cierto tufillo a enfermiza.

Cuando retiró la hoja de mi garganta la estuvo haciendo caracolear a escasa distancia de mi rostro, como si fuera un crio con un avión de juguete. De pronto, introdujo la punta entre mis labios y el esparadrapo y lo cortó en dos de un leve tirón.

—Aquí no necesitas eso, puedes gritar hasta desgañitarte, nadie te oirá —dijo riendo de nuevo.

Tosí varias veces antes de poder respirar a pleno pulmón y articular algunas palabras.

—Si andáis tras un buen rescate os habéis equivocado de persona, no soy ningún magnate del petróleo, ni nada parecido.

—Sabemos quién eres —respondió Peter.

—¿Sabéis también que en este Estado se paga el rapto con la silla eléctrica?

Aquel puño tuvo la dureza y contundencia de un mazazo. Recibí su impacto en el rostro; debajo del ojo izquierdo. El tipo que me había golpeado, silencioso e inactivo hasta el momento, me miraba con odio. Su apéndice nasal era de los habituales entre quienes han pisado un ring

—¡Te voy a machacar! —tramó, atizándome otra caricia en la mandíbula.

De aquella segunda coz debí quedar al borde del K.O. porque apenas recuerdo el efecto producido por las recibidas a continuación.

Abrir los párpados no fue cosa fácil.

Me sangraban las cejas, la nariz y la boca. Expulsé de un escupitajo sanguinolento uno de los pocos premolares que me quedaban. Fue precisamente entonces cuando descubrí en el suelo, junto a los pies, la cuerda que había servido para unir mis tobillos. Este descubrimiento me hizo concebir esperanzas: «Tal vez cuente con algún amigo entre esta gente.» Pensé. Pero no tardé en comprender mi error.

Al parecer me habían dejado solo.

A juzgar por cuanto tenía a la vista, me hallaba en un gran almacén formado por el conjunto de varias naves, cubiertas por techados de dos aguas, bajo las cuales se ordenaban cajas de embalaje, contenedores, balas de algodón, bidones..., formando todo ello varios pasillos. Gran número de pantallas rectangulares pendían del techo, cobijando largos tubos de luz fluorescente.

Detuve mi observación al escuchar el runruneo de varios motores acompañado de cierto ruido metálico.

Apenas tardé unos segundos en conocer su erigen. Por uno de los pasillos se aproximaba una carretilla elevadora, el ruido metálico provenía de las dos uñas que servían para levantar los objetos. No tardó en aparecer una segunda carretilla, y una tercera. Cada una por un pasillo distinto.

Tuve el barrunto de que mis tres enemigos habían ideado un modo de divertirse y acabar conmigo, al propio tiempo.

Eso explicaba que me hubiesen liberado los tobillos. Iban a organizar un safari, y la pieza a cobrar era yo.

Me levanté con cierta dificultad, adentrándome por uno de los pasillos; tropezando a derecha e izquierda, con las mercancías allí apiladas. Resultaba difícil mantener el equilibrio sin poder accionar los brazos. Cada vez se oía con mayor claridad el ruido de las carretillas elevadoras.

Llegué jadeante hasta un espacio rectangular, al cual concurrían varios pasillos; me detuve para recuperar el resuello e intentar conocer la situación de mis perseguidores, cuando vi aparecer una carretilla elevadora por el otro extremo.

¡Dios, cómo corrí! Creo que hubiese dejado atrás a la mismísima «Lady», mi yegua favorita.

Estaba a punto de alcanzar el otro extremo del pasillo cuando irrumpió uno de ellos. Quise dar la vuelta y correr en sentido opuesto, pero me faltó el equilibrio y caí de rodillas. Cuando logré ponerme en pie, las uñas de la carretilla elevadora me habían cerrado el paso.

El tipo de la camisa hawaiana abandonó el vehículo esgrimiendo su larga navaja. Momento que aproveché para

agacharme, liberarme del acoso de las uñas y echar a correr.

Mi enemigo me dio alcance de dos zancadas.

—Yo prefiero el cuerpo a cuerpo —dijo, haciendo pasar la navaja de una a otra mano con asombrosa habilidad.

Leí en sus ojos de obtuso mental que iba a abalanzarse sobre mí, justo a tiempo; la navaja pasó rozándome el costado, una pulgada más a la derecha y me hubiese atravesado el hígado. Además de esquivar su acometida le propiné tal patada en los testículos que no pudo por menos de llevarse las manos a la zona golpeada, dejando escapar la navaja.

Vi la oportunidad de atizarle otro puntapié, esta vez en la cara.

Oí crujir de huesos. El marrón claro de mi zapato se tiñó de rojo; el hawaiano de pega, cayó al suelo sin decir ni pío.

Precipitadamente, sin perder ni un segundo, me senté cerca de la hoja, pero de espaldas a ésta, inclinándome hacia atrás; después de algunas tentativas, conseguí cogerla.

En cuanto pude incorporarme, desaparecí de allí con tanta prisa como me lo permitieron las piernas.

Fui a parar junto a una oficina construida con mamparas de madera y cristal; desde fuera pude ver una mesa de despacho repleta de papeles, un armario metálico y algunas sillas. Colocándome de espaldas a la puerta, hice girar el pomo con una sola mano, procurando no perder la navaja que sujetaba en la otra. Afortunadamente, el muelle merced al cual se accionaba el pomo no ofreció apenas resistencia. Entré y cerré, empujándola con mi cuerpo. Oculto tras el armario metálico, podía observar sin ser visto, mientras intentaba liberarme de las ligaduras que atenazaban mis muñecas, con la navaja.

Pasado algún tiempo, vi llegar a un hombre; el mismo que había utilizado mi cara como saco de entrenamiento. Detuvo la carretilla y se aproximó al cuerpo inmóvil, acucillándose. Cuando volvió a incorporarse, miró en todas direcciones, intentando adivinar en qué dirección había huido yo. Sentí que se me erizaba el cabello cuando encaminó sus pasos hacia la oficina, esgrimiendo un revólver. Creo que incluso contuve la respiración.

Llegado al otro lado de la mampara, echó un vistazo a través de los cristales y abrió la puerta. Su nariz rota de boxeador, y el arma, asomaron al mismo tiempo.

Se sucedieron varios acontecimientos en el transcurso de pocos segundos, provocados sin duda por el primero de ellos:

Advirtiéndome que la navaja estaba a punto de cortar las ligaduras, comencé a forcejear intentando soltarme; lo logré, pero el arma blanca cayó al suelo, delatando mi presencia. Aquel bestia se acercó, disparando sobre el armario; las balas lo

atravesaron como si fuera de mantequilla, una de ellas se clavó en mi brazo izquierdo. Empujé con todas mis fuerzas aquel armatoste metálicos; no pesaba como una apisonadora, pero si lo bastante para lograr que mi enemigo perdiese el equilibrio y acabase a cuatro patas con su carga de hierro sobre la espalda.

Pisé con fuerza la mano que sujetaba el arma, agarré sus orejas con ambas manos, soportando el dolor que me producía el hombro herido, y le aticé un rodillazo con toda la fuerza de que fui capaz.

Su cuerpo cayó de costado y el armario con él. Ya no volvió a moverse.

Después de comprobar que aún quedaban dos balas en el revólver de mi enemigo, me dispuse a salir.

No había hecho más que poner los pies en el umbral, cuando fui recibido por una lluvia de balas. La euforia de verme libre de ataduras y con un arma, estuvo a punto de costarme caro. Aquellos disparos procedían de una metralleta, al parecer mi tercer enemigo se hallaba apostado en lo alto de unos contenedores, justo enfrente, pero en mi intento de salida acababa de descubrir algo más; apoyados sobre la pared de la oficina, se apilaban una veintena de galones con la inscripción «Nafta», en todos ellos.

Las cosas se complicaban aún más. Si no salía pronto, aquel individuo podía recibir ayuda; era obvio que un almacén de semejantes proporciones tendría más de tres empleados. Por otra parte, si intentaba largarme la metralleta se pondría en marcha de nuevo, cualquier bala atravesaría uno de aquellos malditos galones, y yo tendría mucho más calor del que podría soportar.

Luego de meditarlo durante unos minutos, decidí que cualquier cosa era mejor a permanecer en semejante ratonera.

Me situé al fondo de la oficina, eché a correr y salté contra los cristales, protegiéndome la cara con ambas manos, pese a que el dolor del brazo herido iba en aumento.

En cuanto mis pies tocaron el suelo, corrí hacia donde sabía se hallaba la puerta. El zumbido de las balas dio más ligereza a mis piernas. Oí una gran explosión, inmediatamente seguida de una inmensa llamarada, pero yo no interrumpí mi carrera.

Minutos más tarde me hallaba fuera, con los zapatos hundidos en la arena húmeda, a pocos pasos del mar.

Era lo más lejos que había podido alejarme de aquel voraz incendio.

CAPITULO V

En cuanto abrí los ojos comprendí que me hallaba en una de esas asépticas habitaciones de hospital, en las que todo es blanco y nunca huele a tabaco, ni a café, ni sirven vino en las comidas,

—¡Hola, abuelito!

Quien así me había saludado tenía el pelo rubio, los ojos azules, ligeramente sombreados del mismo color, y la sonrisa a flor de unos labios carmesí.

A pesar de la asombrosa metamorfosis sufrida, tanto en el rostro como en el atuendo, reconocí en aquella preciosidad a la mismísima Vicky Williams, especialista en aeróbic y golpes bajos.

Intenté incorporarme apoyando ambas manos sobre la cama, pero sentí un fuerte dolor en la parte superior del brazo izquierdo, cerca del hombro, amén de un sinfín de agujetas por todo el cuerpo.

—No muevas ese brazo, abuelito, no hace ni dos horas que te han sacado la bala.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté, descubriendo que también me dolía la mandíbula; pasando por alto lo de «abuelito» y el acentuado tono de chufla.

—Te encontraron esta madrugada en la playa, hecho unos zorros... Tu cara es todo un poema, no sé si lo sabes. El teniente Spencer ha pasado a verte; tú estabas aún bajo los efectos de la anestesia, volverá más tarde.

—No me encontrará, tengo un montón de cosas que hacer. Abre ese armario de ahí y dame la ropa —dije con cierta mala uva.

—Según los galenos, si todo va bien, estarás en condiciones de abandonar la clínica dentro de una semana.

—Está bien, yo la cogeré —gruñí, al tiempo que retiraba el embozo con la mano sana.

Vicky movió la cabeza como si se las tuviera que ver con un crío imposible. Fue hasta el armario y regresó con mi ropa, dejándola sobre la cama.

—Abuelito, alguien debiera haberte dicho ya que no eres Superman...

—Tú disfrutas con esto, ¿verdad, preciosa? Por cierto, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Hay mucho que contar, hablaremos por el camino.

Saqué las piernas de la cama y apoyé los pies en el suelo. Quise desabrocharme la chaqueta del pijama, pero Vicky lo impidió con un gesto.

—Deja que te ayude.

—No soy un inválido —rezongué sin demasiada fuerza.

—No seas cabezota, abuelito, te prometo reprimir mis impulsos y no aprovecharme de las circunstancias.

—Lástima, empezaba a hacerme ilusiones —casi murmuré.

Vicky Williams estaba inclinada sobre mí, desabrochando el último botón; creí distinguir entre su perfume de laboratorio y el suyo propio de mujer, subyugante y sensual; promesas para los sentidos.

—Esos salvajes los han dejado a carne viva —dijo, imitando mi tono susurrante.

Sentí en mis lastimados labios el tibio contacto de los suyos.

—¡Qué hacen ustedes!

Volvimos el rostro hacia la puerta y nos encontramos a una mujer de rostro sonrosado y hechuras de levantador de pesos, que nos observaba con la mirada inquisidora de una institutriz inglesa.

—¡Usted! —gritó autoritaria—, vuelva a meterse en la cama. Y usted, guapa, márchese ahora mismo.

—Nos vamos los dos —respondí yo.

—Usted no está en condiciones de ir a ninguna parte.

—La doctora Williams, aquí presente, asegura lo contrario. Según ella, con unas cuantas sesiones de gimnasia erótica voy a quedar como nuevo.

—Así es —corroboró Vicky, captando onda—, se trata de una nueva terapia desarrollada por un médico hindú, basada en el Kamasutra.

—¡Oh, esto es el colmo! —dijo dando media vuelta y largándose a toda velocidad.

Tomamos un taxi y fuimos a mi oficina. Durante el camino nos detuvimos para comprar algunos periódicos. Todos hablaban del incendio y de los tres fiambres carbonizados, coincidiendo en opinar que el origen no podía ser otro que la negligencia de alguno de los muertos.

Algunos periódicos ampliaban la información con fotografías; me fijé en una de ellas. Las naves se habían convertido en hierros retorcidos y toneladas de escombros; sólo una parte de la fachada principal se mantenía en pie. En la parte más alta, podía leerse: Centaur Company.

Recordé la sucinta enumeración que el teniente Spencer me había hecho sobre las empresas pertenecientes a Thomas Edwards. Centaur Company, era una de ellas.

Con el brazo izquierdo en cabestrillo, una almohada bajo la cabeza, las posaderas sobre el sofá de cuero artificial y los pies en la butaca de enfrente, yo era casi un jeque del petrodólar

aguardando los solícitos cuidados de mi favorita de tumo.

Pero los solícitos cuídanos no fueron otros que dejar a mi alcance un paquete de Lucky, un vaso bien servido de whisky, y la botella de White Horse a mano por si precisaba de una nueva dosis.

Vicky se sentó en uno de los brazos del sillón donde reposaban mis pies. Se había servido también unos dedos de whisky con abundante hielo.

—Tal como dijiste —empezó diciendo—, me dejé caer por el Oasis para no perder de vista a Max Belini. Oasis es un antro sin demasiadas pretensiones. Nada de esmoquin, ni cigarros de diez dólares... Caras sin afeitar y restos del último sandwich sobre las solapas de una americana de segunda mano. Un individuo con una tajada de campeonato me sirvió para recorrer algunos rincones secretos del local. Cogida de su brazo, imitando sus trastrabilleos y su lengua de trapo. Con decirte que casi llegué con él hasta el retrete de caballeros...

—¿Siguiendo a Max Belini?, yo no te pedí tanto.

—Estuve vigilando a un camarero, lo veía desaparecer por una puerta lateral, próxima al mostrador, la misma por la que se llegaba a los retretes de caballeros. Entraba con una bandeja con vasos y bebidas, y regresaba poco después con ella debajo del brazo. Mi amigo y yo nos colamos por las buenas, dando traspiés a mansalva. Habían tres tipos en torno a una mesa, Max estaba de pie, hablando y braceando a la vez, encarándose con otro que había sentado enfrente. No tenía trazas de ser una reunión fraternal.

Dije para mi capote que Vicky Williams, además de poseer hermosa cara y cuerpo celestial, tenía arrestos y cerebro, pero preferí no decírselo por el momento.

—¿Pudiste oír algo?

—Cuando entré, Max estaba diciendo que había dado pruebas más que suficientes de su valla, y que no estaba dispuesto a admitir que se dudase de él.

—Eso quiere decir que Max Belini ha perdido puntos a los ojos del jefe supremo. ¿Cómo eran los otros dos?

—Uno, el pecoso, con el «borsalino» encasquetado hasta las orejas. El otro, un sujeto elegante, pero muy poco favorecido por Mamá Natura, tenía una boca grande y enormemente torcida. El pecoso fue quien nos sacó de allí a empujones y cerró la puerta. Aproximadamente una hora después, el de la boca como un buzón de correos, se largó; poco más tarde, Belini y su guardaespaldas.

—¿Les seguiste?

Vicky negó con la cabeza.

—Acababa de descubrir algo importante. Cuando me deshice del borracho fui a la barra, solté algunas tonterías, bebí tres copas de un whisky infame, e hice como que me empolvaba la nariz. Utilicé el espejito del bolso para observar algunas maniobras en las mesas. Los camareros se mueven con mucha diligencia, y, cosa curiosa, se preocupan sobre todo de que cada cliente tenga su servilletero...

—¿A qué te refieres?

—Te explicaré el procedimiento. Cuando el cliente ocupa una mesa, se aproxima un camarero, supongo que intercambian alguna palabra convenida, una especie de contraseña, ¿comprendes? El camarero se retira para volver poco después con lo solicitado, sin olvidarse del servilletero. El cliente bebe, o finge hacerlo, mientras busca en el servilletero una pequeña envoltura de papel. Ya puedes imaginarte lo que contiene.

—Quienes no estén al corriente de esta tramoya se preguntarán por qué su vecino de mesa paga cien pavos por un vermut —comenté—. El sistema es ingenioso, pero a ti te han bastado unas horas para averiguarlo. Estoy seguro de que la policía está al corriente.

—¿Estás tratando de decirme que está implicada?

—Claro que no —respondí un poco extrañado por aquella pregunta—. Pero los que hay ahí son personajillos sin importancia. Les encontrarían unos cuantos gramos de heroína escondidos entre la ropa, y eso es todo. No pasarían entre rejas ni tres meses.

—¿Y Max Belini?

—Ese ni siquiera sería llamado a declarar. Los camareros se confesarían únicos responsables de todo y Max quedaría al margen por completo.

—¿Y si en el Oasis hubiera algo más que unos gramos de heroína?

—Lo habrá, no lo dudes, pero será poco menos que imposible encontrarla. Hace algún tiempo, cuando andaba a la busca de un moroso, di con algo muy chocante. El camello, en este caso, era el empleado de los lavabos de un hotel de mala muerte. Alguien le había fabricado un artefacto que funcionaba de modo parecido al de las cisternas de los retretes; no había más que tirar de una cadena para que la droga fuese a parar directamente a los desagües. La policía nunca le encontró encima más de tres o cuatro «papelas».

—¿Quieres decir que tenemos la batalla perdida de antemano?

—Lo que quiero decir es que nunca se consigue nada si no se captura al pez gordo que hay detrás, y para lograrlo hace falta

algo de suerte y mucha paciencia... Y otra cosa más importante: renunciar a la captura de algunos pececillos sin importancia.

Vicky Williams asintió en silencio, alargó el brazo y cogió un pitillo del paquete. Leí en sus ojos que iba a confiarme algo personal.

—Yo tenía un hermano, ¿sabes? Empezó a engancharse con la heroína, lo convencí para que se sometiera a una cura de desintoxicación, pero no pudo resistir el tratamiento. Se suicidó. Acabó entre las ruedas de un tren... El teniente me ayudó, de algún modo, yo me consideraba responsable de lo sucedido. Por eso estoy en esto.

Permanecimos en silencio durante algún tiempo.

Vicky se levantó para aplastar los restos del pitillo en el cenicero. Luego se sentó a mi lado.

—Volviendo al Oasis —dijo—, puede que necesite otros cincuenta pavos.

—¿Más gatos de vestuario?

—No es eso. Escribí un mensaje en el espejo de los lavabos con la barra de labios, ofreciendo cincuenta dólares a quien pudiera ofrecer algún tipo de información sobre Anne Murray. Esa chica tenía que tener alguna amiga, o conocida, y si era adicta a la heroína habrá estado en el Oasis alguna vez.

—Es muy posible —admití—. ¿Y cómo sabremos que alguien responde a tu mensaje?

—También he escrito tu número de teléfono.

El teléfono sonó horas más tarde, cuando almorzábamos.

Fue Vicky quien cogió el auricular.

Una voz femenina, susurrante y asustada, aseguraba «tener cosas que contar sobre Anne Murray».

La cita era a las diez, en las proximidades del parque de atracciones.

CAPITULO VI

Se oían los gritos de cuantos viajaban en la montaña rusa, las voces de un vendedor de helados y esa música festiva, tan característica de los tiouvivos.

Según lo acordado, la mujer llevaría un jersey verde sobre los hombros y se encontraría cerca de un puesto de palomitas.

Vicky debía acudir sola a la cita, para no asustar a nuestra probable informadora.

Conecté la radio, encendí un pitillo y bajé el cristal de la ventanilla. Pero a los pocos minutos cambié de opinión: decidí que yo también podía ir, siempre y cuando no me aproximase a Vicky.

Siguiendo los pasos de mi amiga, crucé una franja de césped para llegar hasta el parque y mezclarme entre la gente. Vicky deambulaba con una bolsa de palomitas entre las manos.

Me acerqué a una caseta de tiro; permanecí cosa de una hora y me gasté quince pavos, sin obtener ni siquiera un premio de consolación.

Vicky estaba en igual actitud de espera; olvidé las precauciones y fui hasta ella.

—Nada — dijo.

—Quizá haya tenido miedo en el último momento.

Habría pensado que su piel vale algo más de cincuenta dólares.

Regresamos juntos. Era noche cerrada cuando cruzamos el césped. No había ni una sola farola en todo aquel tramo.

Vicky se agachó para recoger algo del suelo. A la luz de un fósforo, comprobamos que se trataba de un jersey verde.

—Ha estado aquí... —escuché decir a Vicky.

Noté en su voz que sus temores corrían parejos con los míos.

En pocos minutos corrí hasta el coche y regresé con una linterna.

Empezamos a buscar, partiendo del punto donde había sido encontrado el jersey. Llegamos junto a un pequeño seto; servía para separar la zona de césped de la acera. Fue Vicky la primera en descubrir un zapato de mujer. A unas yardas de distancia también estaba el cuerpo caído de una muchacha en posición grotesca, inmóvil. Junto a su cabeza sangrante, de corta y rubia cabellera, había un palo de béisbol teñido de rojo.

El cuerpo de la chica estaba caliente.

Sin duda el crimen había tenido lugar poco después de que Vicky y yo pasáramos por allí. No encontramos ningún documento entre sus bolsillos, sólo infinidad de picaduras en los

brazos.

Advertimos por teléfono al teniente Spencer de lo ocurrido y regresamos en cuanto hizo su aparición el coche policial.

—Mi original idea le ha costado la vida —se lamentó Vicky.

—Vamos, vamos, no irás a hacerte responsable de lo ocurrido...

—Ya sé que no he sido yo quien le ha roto el cráneo con ese palo de béisbol, pero esa chica estaría viva si no hubiera leído mi mensaje. ¿Te fijaste en sus brazos?

—Sí. Más tarde o más temprano hubiera acabado como Anne Murray —dije intentando tranquilizarla.

—Déjame cerca del Oasis.

—¿Por qué no lo dejas por esta noche? Ya hemos tenido bastante.

—No.

—Estás impresionada por lo de esa pobre chica, en esas condiciones puedes cometer un error.

—¡Ya he cometido un error! —exclamó.

—Sentiría que sufieras algún daño, no me siento tranquilo sabiendo que...

—¿Lo sentirías de verdad, abuelito? —preguntó Vicky con tono muy distinto de voz.

Pensé que había llegado más lejos de lo prudente e hice marcha atrás.

—Si continuas llamándome abuelito soy capaz de acostarte sobre mis rodillas y darte de azotes hasta que me duela la mano.

—Voy a ser prudente, más prudente que nunca —dijo, estampándome un beso en la punta de la nariz—, pero debo ir. Se lo debo a esa chica.

Cruzamos Polk Street en silencio, pero maldita la falta que hadan las palabras. Vicky se había recostado en mi hombro. Parecíamos una de esas parejas que, de pronto, deciden largarse a Las Vegas, para que un tipo con la autorización debida los case en cinco minutos, previo pago de quince dólares, y dos cincuenta por cada uno de los testigos.

Debo confesar, con absoluta franqueza y ningún rubor, que estuve a punto de cometer semejante estupidez, y aun ahora no sé qué me detuvo.

—¿Has probado alguna vez la ensalada al estilo Crab Louis? —preguntó Vicky de pronto.

—En cuestiones gastronómicas, no he pasado del sandwich, los perros calientes con mostaza, la pizza y el pollo frío...

Detuve el coche frente al cruce con Chesnut, cerca del monolito erigido a los héroes del fuerte Sumter, Vicky no tenía más que cruzar un pequeño jardín y se encontraría frente al Oasis. No me

pareció prudente aparcar más cerca.

La herida del brazo no me molestaba lo más mínimo, sin embargo, pasé la noche sin pegar ojo. Era Vicky Williams; me preocupaba la chica.

«¡Pobre Pat!, estás tan atrapado como un elefante en un vagón de Metro», pensé mientras fumaba el enésimo pitillo.

* * *

Lo primero que advierte uno cuando visita Beverly Hills, es que hace falta mucha pasta para vivir en un lugar semejante, pero no es requisito indispensable tener buen gusto.

Para pasar desapercibido en Beverly Hill, lo mejor es vestir de modo estrafalario y conducir un Mercedes deportivo, un Cadillac, o un Rolls.

Mi ropa era normal, comprada en una tienda de ocasión de Franklin Avenue. En cuanto a mi coche, un viejo Ford, verde, de motor asmático y carrocería abollada.

Ambos fuimos interceptados por los sagaces servidores del orden.

Me pidieron el carnet de conducir en dos ocasiones; en una tercera me obligaron a descender para cachearme.

Creo que me hubiera resultado mucho más fácil entrar en la Casa Blanca y charlar con el presidente.

Detuve el vehículo frente a una puerta metálica, presumiblemente electrificada; llamé al timbre.

Dos cámaras situadas estratégicamente seguían cada uno de mis movimientos.

—¿Qué desea? —preguntó una voz de hombre.

—Me llamo Pat Monroe, soy investigador privado, deseo hablar con míster Edwards.

—Aguarde un momento.

Esperé unos cinco minutos, para oír de nuevo la voz.

—Sitúe su carnet frente a una de las cámaras.

Lo hice.

—Está bien, puede pasar. Dirija el coche por el camino de la derecha, ya le dirán dónde debe aparcar.

La puerta enrejada se abrió. Conduje el coche de acuerdo con las instrucciones, hasta una mansión de grandes columnas y enormes balconadas, al estilo de las edificaciones del imperio sudista. Había un estanque artificial poblado por nenúfares y enormes peces rojos.

Dos individuos me aguardaban, uno de ellos me hizo aparcar al pie de un enorme secoya.

Volví a ser cacheado, aunque esta vez de manera más concienzuda.

El mismo que me había registrado me pidió que lo siguiera. Me condujo bordeando el edificio hasta la fachada posterior.

Pasamos junto a una piscina de formas caprichosas rodeada de estatuas de estilo griego; unas cuantas criaturas en traje de Eva tomaban el sol.

Me aguardaba un hombre de abundante pelo cano, sentado en un sillón de mimbre. Vestía como se supone debe vestir un caballero otoñal provisto de una cuenta corriente muy poco corriente y con cierto buen gusto.

Parecía talmente un actor en decadencia, de los que son requeridos para representar el papel de diplomático, noble italiano o *maître* de hotel.

Thomas Edwards hizo un gesto con la mano, y mi acompañante desapareció por donde había venido. También con la mano, pero haciendo uso de gestos menos autoritarios, me indicó el sillón más próximo al suyo.

Hasta nosotros llegaban las risas y los chapoteos de las bañistas.

—Da gusto oírlas, ¿no le parece?

—Son el mejor antídoto contra el aburrimiento —corroboré.

Dos perros dobermann surgieron de alguna parte, situándose uno a cada lado de Thomas Edwards. No me gustó ni pizca cómo me miraban.

—¡Ah! Mis buenos y fieles amigos... ¿Sabe usted alemán, míster Monroe?

—Ni media palabra.

—Ellos sólo obedecen palabras precisas pronunciadas en ese idioma *Ruhig!* —exclamó, repentinamente.

Los perros adoptaron una actitud de absoluta docilidad. Estáticos, sentados sobre sus patas traseras, parecían dos figuras de ébano.

—Bien —dijo terminada la pequeña demostración—, sé que se llama Pat Monroe y es investigador privado. ¿Qué desea de mí?

—¿Le dice algo el nombre de Anne Murray, míster Edwards?

—No. Nada en absoluto —respondió después de meditarlo unos instantes, o fingir que lo hacía—, ¿Quién es?

—Vivió en Nevada durante algún tiempo, compartiendo el apartamento con una amiga. El chófer de su Rolls venía a buscarla con frecuencia.

—Ya comprendo. Eso explica su presencia aquí. Tal vez debiera haberle dicho que tengo cierta dificultad para retener los nombres de algunas personas, particularmente si éstos son del sexo opuesto. Es lo que menos me preocupa de ellas, créame.

—Le creo —respondí, al tiempo que me preguntaba si aquellas

preciosidades en cueros formaban parte de la decoración, o Edwards retozaba con ellas de vez en cuando. A fuer de sincero, no me pareció que pudiera permitirse demasiados trotes libidinosos.

Me levanté con intención de mostrarle la foto de Anne Murray; los dobermann exhibieron sus colmillos, soltando unos cuantos gruñidos amenazadores. Thomas Edwards tuvo que contenerlos nuevamente, con su grito en alemán. Cuando tuvo la foto en sus manos, me pareció verlas temblar ligeramente.

—¡Ah..! Ciertó que recuerdo ese rostro. Una joven vivaracha, de sonrisa deslumbradora. Nos vimos un tiempo en Nevada, efectivamente. Tengo algunos asuntos allí y necesito ir de vez en cuando. Esas criaturas son aves de paso, vienen como se van. Su única meta es el presente más inmediato; sólo cuentan con su bello palmito para salir adelante. Puedo asegurarle que ignoro todo sobre esa joven, y sobre todas las demás. Ellas nunca hablan de sí mismas, y yo jamás pregunto. ¿Para qué la busca?

—No la busco. Anne Murray fue encontrada muerta hace unos días, víctima de una sobredosis de heroína.

Míster Edwards hizo un gesto con las manos, como amentando profundamente la noticia que acababa de darle.

—Usted tuvo que ver con la chica —añadí para que dejase de hacer teatro.

—Acabo de decírselo, pero ni fui el primero ni creo que haya sido el último. Por otra parte, casos como os de esa pobre chica son cosa frecuente, por desgracia.

—Existen algo más que simples indicios para suponer que hay algo poco claro en torno a su muerte.

—Usted mismo acaba de decir que murió a causa de una dosis excesiva de droga.

—Y así es, la autopsia no deja lugar a dudas. Sin embargo, eso no significa nada, cualquiera pudo poner a su alcance unos gramos de heroína sin adulterar. En la mayoría de los casos, la muerte es casi instantánea.

—Sí, recuerdo haberlo leído en alguna parte.

—La última vez que se vio a Anne Murray con vida fue en el Lax Airport, iba acompañada de un hombre y aguardaba el desembarco de un féretro blindado. Luego, Anne y su acompañante salieron tras el furgón que transportaba el féretro. Usted, como propietario de Eternal Residence, debe saber que es la única compañía funeraria que realiza servicios en ese aeropuerto. Sospecho que el hombre que iba con Anne Murray es un empleado suyo; si es así, me gustaría mantener con él una pequeña charla.

—Soy hombre que gusta ocuparse personalmente de sus propios negocios; mas aun así, me resulta imposible conocer a todos mis empleados.

—Sé que es un hombre alto, de piel cetrina, boca grande y torcida, y viste con elegancia. Dudo mucho que quedase finalista en un concurso de míster universo.

Thomas Edwards sonrió un poco forzadamente.

—Haré cuanto pueda por encontrarlo, puede estar seguro de ello. Lo llamaré por teléfono en cuanto sepa algo.

No había que ser un lince para comprender que la entrevista tocaba a su fin. Me levanté.

Míster Edwards pulsó el botón de un interfono que reposaba sobre una mesa próxima. Los perros no se movieron esta vez.

Acudió el mismo tipo de antes. Eché un vistazo furtivo a las bañistas antes de seguir los pasos del guía-vigilante.

Volví a pasar junto al estanque de peces rojos y nenúfares; sus flores blancas comenzaban a abrirse.

Mi atención se fijó en algo que no había advertido al entrar: emplazada en el centro del estanque, sobre un pedestal en forma de roca, se hallaba la estatua de una mujer de rasgos helénicos, inclinada hacia adelante, como absorta en la contemplación de su propio rostro reflejado en las aguas.

Cuando había dejado atrás la verja electrificada y las ostentosas calles de Beverly Hills, aproveché la obligada detención ante un semáforo para buscar en mi bloc de notas la anotación realizada días antes, a pro pósito de mi visita a Sharon O'Hara, la chica de Nevada, que había compartido su apartamento con Anne Murray.

Antes de que Sharon me diera la fotografía de Anne, yo había tenido otra entre las manos; estaban las dos en traje de cóctel. Recordaba perfectamente haber tomado nota de la inscripción existente en el reverso.; No era más que el nombre del fotógrafo, su dirección, y un número de seis cifras, cuya presumible finalidad era la de archivar el clisé y encontrarlo con facilidad en un momento dado.

Tardé media hora en llegar al 268 de Davis Street, que eran las señas del fotógrafo en cuestión.

Abrí la puerta y sonó una campanilla, no tardando en hacer su aparición un individuo de achinados ojos y sonrisa exageradamente amable.

—Necesito una copia de esta fotografía —dije, escribiendo sobre un papel de envolver el número sacado de mi bloc de notas.

El hombre se caló unas gafas, fijó unos instantes su atención en el papel y dijo, sin dejar de sonreír:

—Fue hecha por mi hermano hace más de un año, no será fácil

encontrarla; le costará por lo menos diez dólares.

Yo no recordaba haber pagado tanto ni por el primer desnudo de Marilyn Monroe.

—Por lo que veo, ese número dice muchas cosas.

—Sí, señor. ¿Ve usted? La cuarta cifra corresponde al mes y las otras dos al año...

—Y las tres primeras al número de fotos realizadas durante el tiempo transcurrido de ese año —abrevié.

—Sí, señor, así es.

—Entonces, ¿cuál es la dificultad?

—El tiempo, señor. Mi hermano ha acudido a su cita con nuestros antepasados, ¿comprende? Estoy solo, no puedo abandonar la tienda. Tendré que ocuparme de lo suyo cuando cierre.

Puse cinco billetes de cinco pavos sobre el mostrador, uno a continuación del otro. Vi a través de los cristales de sus gafas cómo sus ojillos achinados se abrían como platos. Su sonrisa se extendió de oreja a oreja.

Fue hasta la puerta, corrió el pestillo y puso el letrero de «Cerrado» en lugar bien visible.

Poco después tenía entre mis manos una reproducción ampliada de la foto en cuestión.

No estaba equivocado: detrás de Sharon y Anne, aunque un poco desdibujada por la distancia, se encontraba la estatua que yo acababa de descubrir en el estanque de Thomas Edwards.

Sharon me había tomado el pelo a conciencia, contándome sin duda algunas verdades y no pocos embustes.

Entonces recordé la aparición en escena de Max Belini, cuando yo no había hecho más que empezar el caso. Comprendí quién sopló al oído del gordo la información precisa y quién podía haberle dado la orden de intervenir.

Poco después volaba hacia Nevada.

CAPÍTULO VII

Encontré al portero aficionado a los crucigramas sentado con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Dormía como un bendito.

Me pareció perfecto. Permití que Morfeo siguiera albergándolo entre sus brazos y me introduje silenciosamente en el ascensor.

Llegué frente a la puerta de miss O'Hara sin haberme cruzado con nadie.

Pulsé el timbre y aguardé unos segundos; transcurridos éstos, repetí la operación durante un espacio de tiempo más prolongado.

De nuevo el silencio fue la única respuesta.

Pegué la oreja a la puerta. No oí absolutamente nada.

Pensé en despertar al portero y hacerle unas cuantas preguntas sobre Sharon O'Hara, pero una ventana entreabierta me hizo cambiar de idea.

La ventana se encontraba situada en el pasillo, en medio de dos puertas, una de ellas, la 73, pertenecía a apartamento de la chica. Supuse que por el lado exterior debía estar la escalera contra incendios, y acerté.

Minutos más tarde me hallaba sobre la plataforma compuesta por barrotes oxidados. Recordar que me separaban nueve pisos no me hizo ninguna gracia.

Si la ventana de miss O'Hara estaba abierta, o podía abrirse desde el exterior, no tardaría mucho en introducirme por ella.

Anduve despacio, mirando dónde ponía los pies; no quería denunciar mi presencia haciendo más ruido del necesario, ni terminar practicando el vuelo sin motor desde semejante altura.

Cuando aparté la cortina transparente del cuarto, descubrí sobre la cama ciertas prendas íntimas y un vestido ligero.

El cuarto de baño estaba situado a la salida de la habitación; hasta mí llegó el característico murmullo del agua. Pensé que Sharon O'Hara saldría en cualquier momento para vestirse; sin duda la ropa de la cama estaba preparada para eso.

Tal vez un caballero hubiera debido pasar a la habitación contigua y esperar a que miss Sharon saliese del baño, pero yo tenía prisa. Por otra parte, ¿desde cuándo los caballeros utilizan las escaleras contra incendios para entrar en un apartamento?

Empujé suavemente la puerta del baño y ésta cedió.

El reducido cuarto estaba invadido por un vaho agobiante. Gran parte de la cortina de plástico, arrancada de la barra, cubría el cuerpo sin vida de miss O'Hara.

Cerré el paso del agua y retiré la cortina.

Alguien había golpeado con fuerza el cráneo de la chica, el agua caliente había servido para impedir la natural coagulación de la sangre y ésta seguía manando de la herida.

Encontré una estatuilla de bronce; tenía adheridos algunos cabellos ensangrentados. Me agaché para examinarla con más detenimiento sin tener que tocarla. Recordé a la joven del parque de atracciones y el palo de béisbol; dos crímenes idénticos, realizados con toda probabilidad por la misma mano.

Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta. Oí voces. Me pareció que una de ellas era la del portero.

—Yo no he oído ningún grito —afirmaba.

—Separado por nueve pisos y durmiendo a pierna suelta, no es extraño —respondió alguien de atiplada voz.

El timbre volvió a sonar con más insistencia que antes.

Decidí largarme, sin pérdida de tiempo, por donde había venido. Pero eso fue antes de descubrir un coche patrulla detenido justamente debajo de la escalera de incendios.

—¿Tiene llave de este apartamento? —oí preguntar al de la voz atiplada.

—Sí —respondió el portero.

—¿Y qué espera para ir a buscarla?

Inmediatamente se puso en marcha el ascensor. El portero tardaría unos minutos en estar de vuelta con la llave.

Una de dos, o ellos abrían desde fuera o lo hacía yo desde dentro.

Opté por lo segundo.

Dos policías uniformados y un tercer individuo, alto y delgado, me miraron con desconfianza.

—Usted no es Sharon O'Hara —dijo el tipo alto y delgado con su voz de tiple.

—Acertada deducción.

Los agentes entraron como se entra en un vagón de Metro en horas puntas. El tipo alto lo hizo con mucha más tranquilidad.

—¿Dónde está miss O'Hara? —preguntó.

—En el baño... Muerta.

Me sentí agarrado y prácticamente llevado en volandas por los polis de uniforme.

El hombre alto cerró la puerta, dirigiéndose al baño con uno de los agentes. El otro se plantó frente a mí, dispuesto a no permitirme dar un paso.

Diez minutos después, el apartamento era lo más parecido a una sucursal de la comisaría.

El sujeto alto y delgado, de voz atiplada, se llamaba Clark Kerwin, era sargento de Homicidios y me había cogido por su cuenta. Desde luego, saber que yo era un investigador privado no le impresionó ni poco ni mucho.

—De acuerdo con su teoría, yo maté a esa chica, y luego esperé a que usted y esos dos mastodontes de uniforme se presentaran. Eso me convierte en asesino y en idiota de remate.

—Tú no esperaste, amiguito, te pescamos antes de que lograras huir, que no es lo mismo.

—Sharon O'Hara lleva varias horas muerta. Yo debía estar en Los Angeles, o a bordo del avión en el momento del crimen.

—Lo dudo. No hace ni media hora un vecino nos llamó, asegurando haber oído gritos de mujer en este apartamento.

—¿Gritos? Esa pobre chica murió sin decir ni pío. Alguien entró cuando se estaba duchando, cogió la estatuilla de esa estantería y le rompió el cráneo de un solo golpe.

—¡Ajá! ¿Y cómo sabe que la estatuilla estaba en ese lugar?

—Porque ya había estado antes aquí. Estoy seguro de que el portero ya le ha contado eso.

—Con ése no he hablado todavía. Pero, ¿qué tenía en contra de esa chica? Estoy seguro de que el móvil no es el robo. ¿Los celos, tal vez? Tampoco parece uno de esos que va matando chicas guapas, sólo porque le recuerdan a su hermanita que hacía la carrera...

—Soy hijo único.

—Ya comprendo —dijo con cierto tono de triunfo—: Niño mimado, pegado a las faldas de mamáita; odia a las mujeres

porque las teme, es incapaz de acercarse a ellas, probablemente jamás ha estado con ninguna...

—¿Por qué no pasa eso a máquina y lo manda a algún estudio de Hollywood. Es una historia muy original. Jamás se ha visto en el cine nada parecido, créame.

Clark Kerwin se puso un chicle en la boca. En vez de pasear en torno a mí, como había estado haciendo hasta el momento, aproximó una silla a la mía y se sentó a horcajadas.

—Vamos —dijo, ensayando una nueva actitud, amigable y paternalista—. Si me cuenta ahora la verdad, todo será mucho más fácil. Constará como que ha confesado voluntariamente. En jefatura se le pondrán las cosas mucho más cuesta arriba. Le hablo como hablaría a mi propio hermano.

—Alguien se presentó en este apartamento, abrió con una ganzúa y mató a la chica, como ya le he dicho; ese alguien estaba casi seguro de que yo no tardaría en presentarme, cuando me vio aparecer les llamó por teléfono; dijo ser un vecino y que la chica del 73 había soltado unos cuantos gritos... Apuesto a que el vecino no dio su nombre, ¿eh?

—No, no lo dio. Pero ¿qué tiene eso de particular? Casi nadie lo da en estos casos. ¿Por qué no me habla de ese tipo misterioso? Usted debe caerle muy gordo. Cometer un crimen con la sola intención de que otro aparezca como el criminal...

Estaba claro que el amigo Kerwin no había creído ni media palabra de mi relato.

—No es así exactamente. Sharon O'Hara podía hacerme partícipe de ciertas confidencias comprometidas para más de uno; ése fue el móvil real... El asesino vio al mismo tiempo la posibilidad de librarse de mí, y no lo pensó dos veces.

—Esa historia supera con creces a la mía, amigo. Para tener la más mínima posibilidad de ser aceptada, tendrá que contármela en su totalidad.

—Eso sería muy largo. Debo regresar a Los Angeles lo antes posible.

Clark Kerwin rió como si acabase de oír un chiste la mar de gracioso. Luego carraspeó para arrancar de su garganta el chicle que había estado a punto de tragarse.

—¡Llévao slo a jefatura! —exclamó.

Salí esposado del edificio. El portero daba su particular versión de los hechos a algunas vecinas.

Me tuvieron en un calabozo de las proporciones de una cabina telefónica, atizándome alguna que otra caricia cada vez que me apoyaba en la pared o imaginaba que iba a hacerlo.

El sargento Kerwin llegó cuando la broma comenzaba a ponerse

demasiado pesada. Dijo a sus hombres que me quitaran las esposas, me ofreció una cerveza bien fresca y una silla. Parecía un jockey caído del caballo a una yarda de la meta.

—Sharon O'Hara fue asesinada entre las quince y las dieciocho horas; usted tomó el avión de las diecinueve treinta, está comprobado. Puede marcharse cuando quiera.

—¡Pero jefe, lo encontramos en el lugar del crimen! —gritó uno de sus sabuesos.

—¡Es una orden! —bramó.

El propio Clark Kerwin me condujo con su coche al aeropuerto. Durante el camino no hizo sino deshacerse en excusas.

Llegué a pensar que me había tomado por un jerifalte de la política o algo parecido.

Días más tarde lo comprendí todo.

* * *

Antes de emprender viaje a Los Angeles intenté localizar a Vicky por medio del teléfono. Estaba intranquilo; lo ocurrido a Sharon O'Hara no había servido precisamente para tranquilizarme.

Llamé primero a su academia de aerobio, luego a mi propia oficina, pero nadie cogió el teléfono. Tras una breve reflexión, decidí llamar al teniente Spencer. Por supuesto, no tenía ni la más mínima intención de contarle mi reciente epopeya.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no le parece? Por lo visto, para usted yo sólo soy ese tonto que le proporciona información.

John Spencer no podía saberlo, pero aquella pequeña muestra de su habitual mal genio había servido para tranquilizarme un tanto. Si a Vicky le hubiese ocurrido algo, él hubiera sido el primero en saberlo.

—A propósito de información. ¿De dónde salió la que me dio sobre nuestro amigo Thomas Edwards?

—Del archivo, naturalmente.

—Me temo que no está muy al día. «Juega al tenis y nada como un campeón olímpico...» Fue lo que usted dijo, ¿recuerda?

—Bien, ¿y qué?

—Al Thomas Edwards que yo he visto le queda un poco de carrocería, y pared usted de contar. Si alguien me dice que lleva marcapasos, no me sorprenderé lo más mínimo.

—No lo comprendo. ¿Y las muñecas que siempre lleva a su alrededor?

—Adornan la piscina. Esas chicas hacen el mismo papel que una estupenda biblioteca en manos de un analfabeto.

—Monroe, si ha llamado para regodearse, hágalo de su anciana tía.

Y colgó.

* * *

Aunque me cuidé de no exteriorizarlo, respiré aliviado cuando encontré a Vicky en la cocina. Preparaba una ensalada compuesta de carne de cangrejo, huevos cocidos, lechuga, tomate, alcaparras, apio y una buena ración de salsa de chile. Sobre la mesa aguardaba una botella de excelente vino californiano.

—¿Cómo ha ido el día? — pregunté.

—No he visto a Max Belini ni al pecoso de su guardaespaldas por ninguna parte, y he abandonado el campo. ¿Y tú?

Le expliqué con pelos y señales lo ocurrido en Nevada, y no se sorprendió en absoluto. La verdad es que me chocó bastante su reacción.

Vicky llevaba un vestido que hubiera suscitado los más acerbos comentarios de nuestras abuelitas, incluso de las más liberales. Era tan transparente como ceñido: tan ceñido como escaso. Una perfecta combinación entre tres colores: amarillo, verde claro y el tono ligera mente sonrosado de su piel.

Vicky removió los ingredientes de la ensaladera después de vaciar medio frasco de chile.

—Dejémosla reposar una media hora y estará para chuparse los dedos.

Me aproximé lentamente a Vicky Williams, rodeando su cintura con el brazo derecho.

—¿Te duele la herida?

—Ni me acuerdo de ella. ¿Sabes, Vicky Williams?, hay un montón de cosas que pueden hacerse en media hora, pero estoy pensando en una en particular.

Comprendí por su modo de mirarme que aceptaba de pleno mi sugerencia.

CAPITULO VIII

La explosión fue tan estruendosa y su onda expansiva de tal envergadura, que saltaron algunos cristales de los primeros pisos.

Vicky abandonó la cama de un salto y corrió hacia la ventana.

Me pregunté qué podía ocurrir si alguien descubría una rubia esbelta mostrando sus preciosos senos por la ventana. De pronto la oí gritar.

—¡Dios mío, Pat, es tu coche!

Sólo cuando estuve a su lado, envuelto en una sábana, comprendí el verdadero significado de sus palabras.

En el techo de mi Ford había un cráter de unas dos yardas de diámetro. No quedaban puertas; el capó se encontraba sobre el techo de otro vehículo vecino, cuyos cristales, convertidos en fragmentos granulosos, se hallaban desparramados por el suelo.

En un radio de más de quince yardas se podían encontrar restos del verde metalizado de mi coche. Pero no era eso lo peor: en la acera de enfrente, junto al escaparate de una tienda, estaba el cuerpo de un hombre, con la ropa destrozada, un brazo amputado y un regular agujero en la barriga por el que asomaban los intestinos.

El teniente Spencer llegó justo cuando los de Identificación estaban tomando las huellas dactilares del cadáver. El brazo amputado había aparecido sobre el techo de una furgoneta, aparcada al otro lado de la calzada.

El forense hizo un examen preliminar, que sólo sirvió para testimoniar lo que todos sabíamos: aquel tipo, fuera quien fuese, estaba muerto y bien muerto.

También llegaron dos expertos en explosivos para investigar sobre el artefacto que había hecho volar parte de mi coche, poniendo en órbita a mi desconocido e involuntario salvador.

—Probablemente la explosión se produjo justo en el momento de accionar la llave de contacto —dijo el teniente.

—De lo que no hay duda es de que el destinatario era yo —comenté.

John Spencer sacó un paquete de cigarrillos. Estaba tan arrugado que tuvo que enderezar el pitillo a conciencia antes de llevárselo a los labios.

—Así son las cosas —dijo mientras hurgaba en sus bolsillos en busca de las cerillas—, algunos casos en apariencia rutinarios se complican... Esta es la segunda vez que intentan librarse de usted por procedimientos poco académicos, diría yo.

—Ha habido una tercera hace poco, en Nevada.

Relaté a Spencer mi aventura con el sargento Clark Kerwin.

—Usted no juega limpio, Monroe. Quedamos en que me lo contaría todo.

—Es justo lo que estoy haciendo. También hubo una primera intentona de guante blanco; me ofrecieron veinticinco de los grandes si me olvidaba del asunto.

Spencer silbó por lo bajo.

—Entraron dos tipos por esa puerta —proseguí—, uno de ellos se sentó donde usted ahora, me recomendó una larga estancia en Honolulu y me largó los papiros necesarios para el viaje y gastos de hotel.

—¿Quiénes eran esos dos?

—Ya le hablé de ellos: Max Belini y su guardaespaldas. Vicky se ocupa de vigilarlos. Por cierto, ayer no estuvieron en el Oasis, como es habitual.

—¿Qué le parece Vicky Williams? —preguntó de pronto el teniente.

—Un encanto de criatura.

—No me refiero a eso, y usted lo sabe.

—Actúa como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

—¿Hay algo entre ustedes?

—¿Es John Spencer, el policía, quien lo pregunta?

El teniente me miró con ojos de bovino manso.

—Olvídelo, no es mi costumbre meterme en la vida de la gente, pero aprecio a esa chica. ¿Dónde está ahora?

—Camino de su casa, supongo. Ha salido de aquí hace unos quince minutos; poco después de la explosión.

John Spencer consultó su reloj para comprobar lo que ya sabía: que apenas eran las siete de la mañana.

Y tuvo respuesta a su pregunta de poco antes.

—Tendré que ocuparme de ese Belini —dijo cambiando de tema.

—Si no tiene nada sólido contra él, ¿para qué?

Spencer se encogió de hombros.

—Cualquier pretexto servirá: conducir en estado de embriaguez, exhibicionismo, o algo parecido... Tal vez se contradiga en algo y podamos asustarlo un poco.

Nuestra charla se prolongó durante más de una hora. Cuando Spencer estaba a punto de marcharse, sonó el teléfono. Era para él. La conversación fue breve, Spencer no hizo más que asentir con leves gruñidos. En cuanto colgó, supe de qué se trataba.

—Walter Brand es el nombre de su salvador. Un tipo dedicado a desvalijar automóviles. La cárcel era su segundo hogar, o puede que el primero... Va a conseguir lo que nunca a lo largo de su vida: salir en las primeras páginas de los periódicos.

»Por cierto —añadió cuando ya tenía el sombrero en la mano—:

Hemos averiguado que tenía razón con respecto a Thomas Edwards; ya no es ni sombra de lo que era. Está diabético perdido, necesita tanto de la insulina como del aire.

Pasé la mañana comprando un nuevo coche. Un Dodge de color rojo, con los neumáticos pintados de blanco.

Firmé un montón de letras y entregué doscientos dólares a cuenta.

* * *

Supe por el contestador automático que el teniente había estado intentando localizarme.

Cuando entré en su oficina echaba pestes contra los japoneses.

—¿Sabe en qué consiste el nuevo fármaco japonés que me han recetado? —me soltó apenas abrí la puerta—. ¡Bicarbonato! ¡Esos hijos... del Sol Naciente se han limitado a introducir bicarbonato en pequeñas cápsulas y ponerles un nombre!

—Gente lista. Cualquiera día lanzan al mercado el papel cazamoscas y nos hacen creer que es invento suyo.

John Spencer había vuelto a sus polvos de siempre, a falta de otra cosa mejor. Después de tomar una buena ración de ellos, poner cara de asco y soltar unos eructitos de damisela, entró en materia.

—El cuerpo de bomberos ha estado haciendo ejercicios en la bahía, esta mañana. Ya sabe: prácticas de buceo, de escafandrismo, y todo eso... Normalmente siempre pescan algún bicho que les sirve para la cena. Esta vez han pescado un bicho muy particular. Tenía los pies hundidos en un bloque de cemento y un curioso alfiler de corbata.

—¡Max Belini! Eso explica que Vicky no diera con él la otra noche.

—Creo que imagino lo ocurrido —dijo Spencer—: A Max se le encargó neutralizarlo, primero por las buenas, por medio del soborno; quizá por temor al revuelo que pudiera organizarse con su muerte, usted es un sabueso y eso siempre interesa a la prensa. Pero usted no aceptó, y tuvo que pensar en otra alternativa, la única posible: cargárselo sin más dilación. Después del triple fracaso, el alto jefazo habrá llegado a la conclusión de que Max era un perfecto idiota, y le ha facilitado el pasaporte para la eternidad.

—Al parecer hay alguien que no acostumbra fallar. Se cargó a la chica del parque de atracciones, a Sharon O'Hara y probablemente a Max. No me extrañaría que fuese el tipo de la boca torcida.

—¿El mismo que se entrevistó con Max Belini en el Oasis?

—Ya veo que Vicky lo tiene al tanto de todo. Por lo visto es su Mata-Hari particular.

—Lo que Vicky me ha contado debiera haberlo sabido por boca suya. No cumple lo acordado, Monroe, ya se lo dije. Lo malo es que Max Belini era el único eslabón conocido de una gran cadena, y lo hemos perdido...

Afortunadamente no era así.

La rubia oxigenada del Droste Bar, que se había vuelto a poner su suéter malva, me aguardaba sonriente para darme un recado: un tal Ritter quería hablar conmigo.

Cuando me dijo que el llamado Ritter era pecoso y llevaba un «borsalino» calado hasta las orejas, comprendí que se trataba del guardaespaldas del finado Max Belini.

Nuestra cita debía tener lugar en el 254 de Pacific Avenue, y debía ir solo.

Se trataba de un pequeño hotel, frecuentado mayormente por ejecutivos de tercera fila y secretarias sin nociones de taquigrafía.

Ritter se las dio de astuto conmigo.

El tipo de recepción, a quien rodeaban unas cuantas moscas bien alimentadas, dejó de urgarse el interior de la oreja con un largo imperdible para entregarme la llave.

—Su amigo me ha dicho que lo espera arriba, es la número 16. El no tardará en reunirse con usted.

No había hecho más que entrar y reconocer aquella habitación cochambrosa de un vistazo, cuando sonó el teléfono.

—Soy Ritter. Veo que ha cumplido lo acordado viniendo solo, eso está bien. Ahora salga de la habitación y suba a la terraza, no tardaremos en encontrarnos.

Su voz no me pareció precisamente la de un tipo tranquilo y seguro de sí mismo.

—Oiga, ¿a qué estamos jugando?

—Suba a la terraza —repitió.

Luego colgó.

CAPITULO IX

Afortunadamente el hotelucho no tenía más que siete plantas.

Las terrazas de los edificios vecinos se comunicaban entre sí. Para pasar de una a otra bastaba con salvar una baranda, o baja pared, de yarda y media de altura.

Ritter llegó hasta mí después de haber saltado algunas de ellas. Sin duda para pasar más desapercibido, había cambiado su sombrero costoso por una gorra de jugador de béisbol, y el traje gris, por unos vaqueros y una camisa color naranja.

—Estoy dispuesto a hacer un trato con usted —dijo como saludo.

—¿Qué clase de trato?

—Yo le cuento lo que sé y usted me entrega diez de los grandes y se olvida de que existo.

La cosa estaba clara. Los mismos que se habían ocupado de silenciar a Max lo estarían buscando para incluirlo en el mismo lote. Ritter necesitaba pasta con urgencia para largarse, y la única forma de conseguirla era vendiendo información.

—¿Fuiste tú quien puso el regalito en mi coche?

Ritter negó con la cabeza.

—Puedo jurar que yo no he tenido nada que ver con eso.

Ritter podía jurar eso y cualquier otra cosa. Comprendí que hacer semejantes preguntas a un individuo como él era como querer vaciar el lago Michigan con un cubo agujereado.

—Esa es mucha pasta, ¿cómo sé yo que la información lo vale?

—Lo vale —aseguró rotundo.

—Necesito una prueba de que no se trata de una tomadura de pelo.

Ritter permaneció pensativo un momento.

—¿Conoce a alguien llamado Thomas Edwards? —preguntó al fin.

—¿Tenía Max Belini algo que ver con Edwards? —dije como respuesta.

—Max trabajaba para Edwards. Todos trabajábamos para Edwards, a fin de cuentas. Pero ya he dicho bastante, si quiere saber más...

El estampido fue tan ruidoso que debió oírse a varias manzanas de distancia. Algunos quizá lo confundieron con un pinchazo; la mayoría debió pensar que aquello era un disparo y no era asunto suyo entrar en averiguaciones.

Ritter vaciló, dio uno, dos, hasta tres pasos hacia atrás, y cayó de espaldas. En su camisa color naranja, a la altura del pulmón izquierdo, muy cerca del corazón, comenzó a aflorar una mancha roja del tamaño de una moneada de cincuenta centavos.

Instintivamente, me arrojé al suelo.

—¡Ese Edwards...! ¡Maldito sea! —oí decir a Ritter.

Una nueva bala estuvo a punto de incrustarse en el cuerpo del ex guardaespaldas de Max Belini.

Sin pérdida de tiempo, me incorporé, lo cogí por los sobacos y tiré de Ritter hasta ocultarnos tras una pequeña construcción rectangular, en la que concurrían los conductos de ventilación del edificio.

—Antes de espicharla debo decirlo todo, así aprenderá ese cerdo... Me las pagará aunque yo no esté aquí para verlo... —decía Ritter.

—Lo suyo es el contrabando de heroína, ¿no es eso? —apremié, pensando sobre todo en el individuo que nos disparaba desde algún punto de la terraza vecina.

—Sí. Los cargamentos vienen en avión, en el interior de un ataúd blindado... El tiene una funeraria... El sistema es perfecto...

—¿Vas armado?

Ritter asintió. Vi que intentaba introducir la mano derecha en el bolsillo. Fui yo quien cogió el arma, una Luger de la Segunda Guerra Mundial, pero estaba cargada y era suficiente para mí.

—Y la chica, ¿qué sabes de Anne Murray? —pregunté, sin dejar de mirar en todas direcciones.

—Estuvo un tiempo con ese cerdo. Luego, él la dejó, siempre lo hace...

—¿Por qué mataron a Sharon O'Hara, la chica de Nevada?

—Era quien llevaba los negocios de Edwards allí; una firma de cosméticos, me parece. Negocio legal, necesario para ocultar lo de la droga... La chica nos advirtió que tú andabas por ahí husmeando. Edwards la tenía en mucha estima... Todo cambió cuando tú te presentaste con cierta foto; Edwards opinó que había llegado a tus manos por culpa de ella... Ahí acabó su historia.

La boca de Ritter se llenó de sangre, la escupió en parte. Cada vez era mayor su dificultad para respirar.

—Incorpórame un poco... Así, eso es... Anne Murray apareció un día, saltaba a la vista que se «picaba», pero él la aceptó. Esperaba un cargamento de un momento a otro... —dijo sin poder continuar.

—La vistieron de negro y la plantaron en el aeropuerto, haciéndola pasar por un familiar del supuesto cadáver que esperaban —proseguí yo—, eso da siempre mayor credibilidad al simulacro, ¿no es así?

El pobre Ritter asintió levemente.

—Más tarde, la chica se convirtió en un peligro; le dieron una dosis pura de heroína y ella misma se produjo la muerte. Después no tuvieron más que abandonarla en el primer descampado que encontraron.

Ritter volvió a asentir. Me despojé de la americana; después de doblarla convenientemente, la puse bajo su cabeza.

En la terraza vecina, a menos de quince yardas de nosotros, descubrí la presencia de un hombre. No podía distinguir claramente sus rasgos, pero supe quién era desde el primer momento. Un extremo de su boca apuntaba al este y otro al noroeste.

Aquel tipo se aproximaba sin tomar apenas precauciones. Yo no había respondido a sus disparos, por tanto no era descabellado

suponer que me creyese desarmado. Me propuse aprovechar esta circunstancia.

Apunté cuidadosamente a la cabeza de mi enemigo y apreté el gatillo, en el preciso instante que éste daba un corto salto para salvar la baranda. La bala se perdió en el aire, y yo perdí la baza de la sorpresa.

El tipo de la boca torcida volvió al otro lado de la baranda y se echó al suelo. Asomando únicamente el cañón del revólver, hizo un par de disparos. Una de las balas se fue a incrustar en la pared que nos servía de parapeto.

Si mi enemigo se desplazaba hacia la derecha, la pared dejaría de ser una protección para nosotros.

El debió pensar exactamente lo mismo, porque fue ésa su reacción. Tuve que pegarme al suelo como una lapa y olvidarme por completo de Ritter.

Dirigí el cañón de la Luger hacia donde esperaba ver surgir, de un momento a otro, la cabeza de aquel individuo.

Al fin vi su pelo negro, la frente y sus ojos oscuros, sobresalir del nivel de la baranda. Disparé hasta cuatro veces, pero de aquella maldita antigualla no salió bala alguna, sólo el ruido seco del percutor al golpear en vacío. La Luger estaba cargada, pero con una sola bala.

Aquel individuo podía tranquilamente meterme un balazo entre ceja y ceja y rematar después a Ritter, con toda tranquilidad.

Se aproximó a nosotros.

Ver sonreír una boca como aquélla no es espectáculo que se vea todos los días, pero no estaba en condiciones de reflexionar sobre el tema.

Perdido por perdido, pensé en abalanzarme sobre él e intentar sujetarle el brazo armado. Sabía que antes, mucho antes de lograrlo, podía tener en el cuerpo lo das las balas de su cargador. Pero cualquier cosa era preferible a permanecer estático, aguardando la muerte.

Oí entonces una detonación.

Me asombré de no haber recibido ningún impacto en mi cuerpo; incluso llegué a pensar que, por alguna extraña razón, me había vuelto insensible al dolor. Todo se aclaró cuando vi caer al suelo el arma de mi enemigo y se llevaba ambas manos al pecho, desplomándose como un fardo.

La puerta que comunicaba la escalera interior con la terraza donde nos hallábamos Ritter y yo se abrió, para dar paso a una rubia vestida con ropa masculina y armada con un revólver. Vicky Williams corrió hacia nosotros.

—¿Estás bien, abuelito?

—Perfectamente. Eres providencial, pequeña.

—No tanto —respondió Vicky, mientras le tomaba el pulso a Ritter —, este hombre está muerto. Todo cuanto haya podido confesar, sólo lo has escuchado tú, y no sirve para nada ante la ley.

Sus palabras me dejaron un tanto atónito, pero aún tenía mucho de qué sorprenderme.

La terraza donde nos encontrábamos, escenario de lo acontecido, y otras limítrofes, empezaron a llenarse de individuos. Surgían de todas partes. Llevaban un radio transmisor en una mano y un arma reglamentaria en la otra. Uno de ellos se plantó ante Vicky y dijo: —Todo en orden, sargento. No había nadie más. Tardé lo mío en reaccionar.

* * *

A nadie le gusta ser tomado por idiota, sobre todo si uno tiene la impresión de haberse comportado como si lo fuera.

Me !a había jugado bien la parejita.

Spencer reprochándome no jugar limpio, cuando en realidad era justo lo contrario, y Vicky encandilándome con su palmito. Pero, ¡demonios!, ¿quién no se hubiera dejado enredar por una criatura así?

Dos días después de lo ocurrido en las terrazas de aquel hotelucho andaba sumido en esa y otras reflexiones parecidas, y en los vapores producidos por el trasiego de la cuarta copa, cuando vi aparecer a la mismísima Vicky Williams.

Fiel a su costumbre, entró sin llamar.

—¡Hola, abuelito! Deja algo para mí.

La observé en silencio ir en busca de un vaso y unos cubitos de la cocina, y servirse un buen latigazo.

—¿Bebe estando de servicio, sargento? Eso no está bien...

Vicky se sentó en el sofá, cruzó sus preciosas piernas, quizá para hacerme comprender que era un sargento muy especial, y respondió:

—En nuestro cuerpo se está de servicio las veinticuatro horas del día.

—¿También la otra noche? No resulta muy halagador oír eso.

Vicky había apoyado el borde del vaso sobre mi labio inferior y me observaba, El azul de sus ojos me pareció más intenso que nunca.

—Abuelito, sé que tienes sobrados motivos para estar enfadado. Pero, ¿qué podíamos hacer? Ni el teniente ni yo pudimos obrar de otro modo. Las cosas se fueron enredando sin que nosotros las

provocásemos. Llevábamos largo tiempo tras la pista de Thomas Edwards; mucho antes de que la abuela de esa pobre chica te contratase... Además, ¿quién crees tú que te sacó del atolladero cuando fuiste detenido en Nevada? El sargento Clark Kerwin llamó pidiendo informes tuyos. El teniente tuvo que soltarle un cuento macabeo... Que eras un agente federal en misión secreta, o algo por el estilo. En cuanto a mí, te dije la verdad cuando te hablé de mi hermano. Tampoco fingí la otra noche, pedazo de chorlito...

Los labios gordezuelos de Vicky Williams se humedecieron de whisky con el primer sorbo. Sus ojos estaban fijos en los míos de forma insistente. Resultaba difícil dárselas de duro con una mujer así. Pero uno siente, a veces, la tentación de ir en contra de sus más íntimos deseos. Quizá haya que buscar el motivo de esta reacción en un mal entendido amor propio.

—Bien, sargento, ya ha largado su discurso. Ahora, si no tiene más que decir...

Pero Vicky estaba dispuesta a agotar mi capacidad de sorpresa.

CAPITULO X

- ¿Qué piensas hacer con el asunto Edwards? —preguntó Vicky.
- Edwards está alertado; habrá roto con todos sus contactos. Durante bastante tiempo, o puede que definitivamente, se convertirá en un honrado hombre de negocios, dedicado a combatir su diabetes y contemplar beldades en traje de Eva... Es posible que la ley haya perdido toda posibilidad de echarle el guante.
- Yo opino lo mismo. Ese es el otro motivo de mi presencia aquí. He renunciado a mi cargo de sargento en la Brigada Antinarcóticos.
- ¿Qué estás tratando de decirme? —pregunté.
- ¿Por qué no unimos nuestras fuerzas?
- ¡Otro truco! ¡No, gracias! —exclamé.
- No seas cabezota, abuelito. He dimitido. Esta vez será distinto. Sólo tú y yo contra Edwards.
- ¿Y Spencer?
- Será un pacto entre dos. Spencer no aceptaría nuestras reglas del juego; él es la ley.

* * *

Rod, el joven empleado de farmacia, tenía la cara cubierta de acné y el pelo de panocha. Un día a la semana el farmacéutico le entregaba una caja de ampollas de insulina, que el chico llevaba hasta la suntuosa mansión de Thomas Edwards.

Los vigilantes ya le conocían. Incluso los dobermann acudían a recibirlo, ladrando afectuosamente y olisqueando sus perneras de pantalón.

Nadie que no fuera aquel pelirrojo con cierto aire de panoli era recibido de modo tan afectuoso y abierto.

El propio Edwards salía de vez en cuando a saludarlo y le soltaba unos cuantos dólares, que Rod guardaba para comprarse un uniforme completo de *boy-scout*.

Vicky Williams y yo averiguamos estos detalles y algunos otros, luego de recorrer una y otra vez las calles de Beverly Hills, montados en un deslumbrante Cadillac, y vestidos como sólo se puede vestir allí, sin ser perseguidos por los perros y gamberros del lugar.

Cierta mañana, Rod se encontró con el Cadillac cruzado en medio de un precioso camino bordeado por enormes secoyas. Yo estaba oculto detrás de uno de ellos, dispuesto a no perder detalle

e intervenir en el momento oportuno.

Vicky, muy en su papel, había levantado el capó y simulaba contemplar el motor, como si se tratase del mecanismo de un platillo volante.

El chico se fijó, sobre todo, en las bien torneadas piernas y en el prometedor trasero de mi compañera. Cuando vio que ésta le hacía señas con la mano, se detuvo.

—Se ha parado de repente —dijo Vicky, pasando cabeza y busto por el hueco sin cristal de la portezuela—, si usted fuera tan amable de ayudarme...

—Yo... yo tampoco entiendo mucho —dijo el chico bastante azorado.

—No es lo mismo, usted es un hombre, y además parece un joven encantador... No dudo que encontrará la avería y la reparará en un santiamén. ¿Qué puede saber una pobre chica como yo de estos chismes?

Los ojos del pobre Rod permanecieron fijos, hipnotizados, por los hermosos senos, parcialmente visibles, gracias a un botón subrepticamente desatado.

—Haré lo que pueda, aunque no sé si yo... —oí decir al chico, quien abandonó la furgoneta y metió la cabeza bajo el capó del Cadillac.

—¿Qué cree que pueda ser? —preguntó Vicky, como si fuera tonta de remate, acercando su cara a la de Rod.

El pobre pelirrojo debió pensar que una de las chicas del *Paris-Hollywood* había saltado de la portada para convertirse en imagen viviente, de carne y hueso.

—Creo... Sí, creo que es la tapa del delco... No lo comprendo; no estaba en su sitio... —logró articular, después de secarse el sudor con el dorso de la mano.

Justo cuando esto ocurría, salí de mi escondrijo, y con más rapidez de la que se emplea en narrarlo, sustituí la caja de ampollas que había en el asiento vecino al del chófer, por otra idéntica, envuelta con la misma clase de papel.

Vicky se hallaba en el momento cumbre de su representación.

—¡Bravo! ¡Lo ha conseguido! —gritó, con exagerado júbilo—. Usted es muy listo, ¿lo sabe?

—Bueno, la verdad es que...

Vicky no lo dejó terminar, cogió el rostro del pelirrojo con ambas manos y le estampó un beso en los labios. Las mejillas de Rod se tiñeron del color de las amapolas.

Consideré llegado el momento de intervenir.

—¡Qué es esto! —vociferé, después de ocultar la caja auténtica en el interior del Cadillac—, ¿Es que no voy a poder dejarte sola ni

un momento? Es tu amante, ¡no te molestes en negarlo!; este tipo tiene todo el aspecto de ser un *gigoló*, uno de esos que encandilan a las tontas como tú...

—¡Oiga, usted! —balbució el pobre Rod, sin comprender muy bien lo que estaba pasando.

—Si vuelvo a verlos juntos soy capaz de hacer una barbaridad. ¡Os pegaré un tiro y me cortaré las venas después! —grité, tratando de imitar una de esas historias italianas de cuernos y *vendettas*.

Rod se introdujo en la furgoneta y arrancó como si fuese a participar en la carrera de Indianápolis.

* * *

Vicky se presentó con varios periódicos bajo el brazo, los dejó sobre la mesa y esperó a que les echase un vistazo.

—Misión cumplida —dijo cuando me supo al tanto de lo más interesante—. Por lo visto achacan su muerte a un ataque agudo de diabetes...

—Es lo que suele ocurrir cuando se inyecta glucosa a un diabético.

—¿Qué supones pensaré el teniente cuando lo sepa?

—No tardaremos en saberlo, está de camino. Llamó poco antes de que tú llegaras.

—¿Qué piensas decirle?

—Creo que es mejor esperar a que hable él primero, luego ya veremos,

John Spencer entró sin llamar y cerró dando un portazo. Nos miró con esa simpatía tan característica de los caimanes cuando avistan una pieza. Se situó frente a mí, al otro lado de la mesa.

—Veo que se gasta un dineral en periódicos —comentó.

—Me gusta saber lo que pasa por ahí.

—Ya veo. ¿Alguna noticia que destacar de las demás?

—Hay dos muy interesantes: ha sido visto el monstruo del lago Nes, y Elizabeth Taylor se ha casado por quinta vez, con su tercer marido.

Vicky logró contener las ganas de reír, pero sus esfuerzos no pasaron desapercibidos al policía.

—No he venido aquí con intención de dejarme tomar el pelo... Alguien se ha encargado de que Thomas Edwards disfrute de su propia funeraria. Claro que eso ustedes dos ya lo sabían, mucho antes de que saliera publicado, incluso antes de que ocurriera...

—¿Qué trata de insinuar? —preguntó Vicky.

Spencer prosiguió sin hacerle ningún caso:

—Pero hay algo que ustedes no saben: la muerte de Edwards ha provocado cierto revuelo entre la mafia de la droga. Un tal Mike Fiore, amo y señor de la organización en Miami, ha sido acribillado en plena calle... Thomas Edwards y ese Fiore se llevaban como el perro y el gato: la gente de Edwards debió pensar que los de Miami no eran ajenos a la muerte de su querido jefe y se han llevado por delante al tal Fiore. La guerra no ha hecho más que comenzar.

—Esa es una buena noticia —comenté—. Se matarán unos a otros. La poli no tendrá más que contar las bajas y borrar sus nombres del fichero.

—No puede decirse que lo sienta —añadió Vicky.

—Yo tampoco lo siento, ¡maldita sea! —dijo Spencer—. Pero no puedo estar de acuerdo con esa forma de proceder. Nadie puede tomarse la justicia por su mano. ¡Va contra la ley!

—Pero ¿por qué se altera? —pregunté, haciéndome de nuevas.

—Me altero porque me da la gana, y porque no puedo aprobar lo que sospecho que han estado haciendo, aunque lo comprendo...

—Luego añadió—: Me vendrá bien beber algo.

—Leche, o naranjada, es cuanto puedo ofrecerle...

—¿No irá a decirme que no tiene whisky?

—¿Y el estómago?

—¡Al diablo con él! Este es un acontecimiento muy especial.

Fue Vicky quien se ocupó de buscar tres vasos y una botella de White Horse. El teniente bebió despacio, paladeando cada trago.

* * *

La abuela de Anne Murray se presentó con el mismo sombrero de paja y el mismo traje raído de nuestra primera entrevista. Probablemente no tenía otro.

Conté a la anciana señora una historia bastante parecida a la verdad, asegurándole que el principal responsable de la muerte de su nieta estaba criando malvas. «No se ha logrado acabar con toda la mala yerba, pero sí extirpar algunos brotes», concluí.

—Que Dios me perdone, pero se lo merecía —dijo con tono de absoluto convencimiento, pero sin pizca de odio.

—Esta es la carta de su nieta que usted me proporcionó para iniciar la investigación. Entre las cosas de ella, había cierta cantidad de dinero que ahora le pertenece.

Mistress Murray sostuvo entre sus manos aquel pequeño envoltorio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no gimoteó; volvió a ser la mujer entera que yo siempre había tratado.

—Parece mucho dinero, ¿qué me aconseja que haga?

—Bueno, no es tanto... Supongo que lo más acertado será que lo ingrese en el banco, de este modo estará a buen recaudo, y puede disponer de él cuando lo considere conveniente.

—Sí, eso será lo mejor —asintió—. ¿Han sido suficientes los cincuenta dólares que le entregué a cuenta, míster Monroe?

—Efectivamente, mistress Murray, suficientes.

—Bien —dijo levantándose—, creo que es usted un buen muchacho, honrado a carta cabal, de los que cobran un precio razonable por las cosas. No tendré ningún inconveniente en recomendarlo a mis amistades.

—¿Quiere que la conduzca a su casa? Tengo el coche en la puerta.

—No es necesario. Además, hoy es viernes, ¿recuerda que se lo dije?, los viernes voy al Lax Airport.

Me asomé a la ventana para verla partir, calle abajo. Su vestido gris colgaba más de un lado que de otro, por causa del encorvamiento de la espalda. Sus pasos eran menudos, pero firmes.

—¿Cómo te las arreglarás ahora para comer? —preguntó Vicky, saliendo del cuarto contiguo.

—¿A qué te refieres?

—Vamos... Sé que te has quedado sin blanca. Cuanto ganaste a las carreras el otro día, y algo más, acabas de regalárselo a esa anciana. Eres estupendo, abuelito, aunque contigo el futuro siempre será una gran incógnita...

Vicky Williams me echó los brazos al cuello, puso ojos de ninfa afectuosa y susurró a mi oído:

—No voy a tener más remedio que ocuparme de ti.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

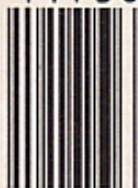
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España